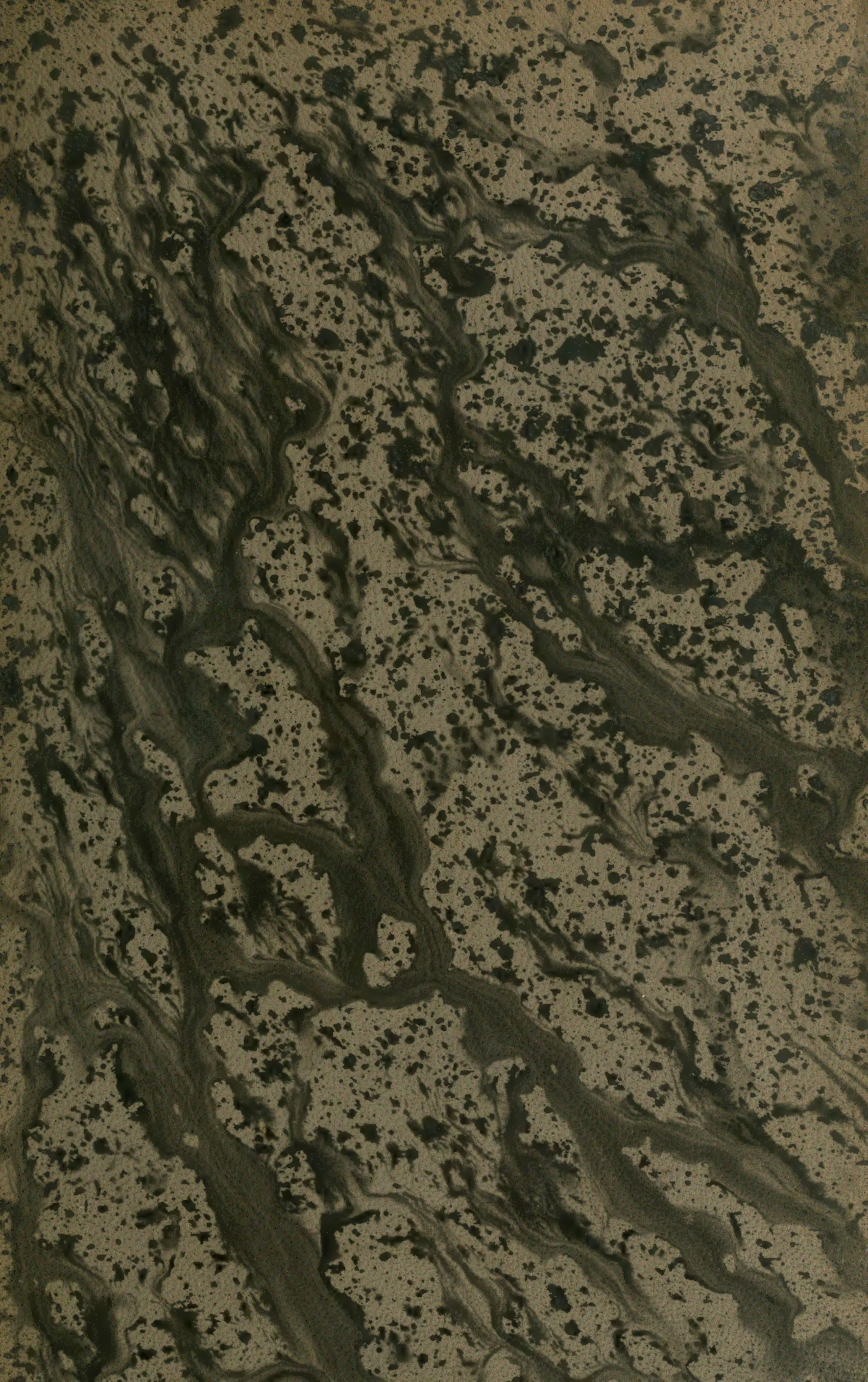






MALAS COSTUMBRES

TOMOS PUBLICADOS

		PRECIO DEL TOMO — Pesetas.
I.	**Primeros y últimos versos**.......	3
II.	**Una señora comprometida** (Novela) **Del amor y otros excesos** (Artículos festivos). **Don Juan, el del ojo pito** (Novela inédita sin terminar)...............	3
III.	**Busilis** (Relación contemporánea). **Laciencia y el corazón.—Milord** (Narraciones)....................	3
IV.	**Memorias íntimas** (Segunda edición)......................... ..	3,50
V.	**Impresiones de viaje.** **La carta verde. — La doncella práctica.** (Narraciones.)........ .	3
VI.	**Mi viaje á Egipto.** **Mi viaje á Alemania.** **El domingo de Carnaval. — Tres señoritas sensibles** (Narraciones).	3
VII.	**La señora del 13** (Novela). **Cuentos alegres**..................	3
VIII.	**Notas íntimas de Madrid y París**..	3
IX.	**La miseria en un tomo.** **Cuentos y sucedidos**..............	3
X.	**Arpegios** (Poesías). **Noches en vela** (Poesías). **Teruel** (Recuerdos de viaje)........	3

IMP. Y ENC. DE J. RUEDA.—HUERTAS, 58, MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XI

MALAS COSTUMBRES

(APUNTES DE MI TIEMPO)

Segunda edición.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.

AL EMINENTE DOCTOR OCULISTA

D. ADOLFO LA ROSA,

En testimonio de gratitud por haber devuelto la vista á mi hija María,

Su obligadísimo amigo,

EUSEBIO BLASCO

Madrid, 1.° de Junio de 1880.

DOS PALABRAS

QUE PARECEN DEL AUTOR Y SON DE OTRO

ESTE libro, como tal libro, ó sea considerado »en conjunto, se ha formado solo: es una »generación espontánea: no fué previamen»te imaginado ni concebido por el que hoy resulta »ser su autor.—El autor se lo halló un día sobre su »mesa, como llovido del cielo ó abortado por el in»fierno, diciéndole descaradamente: «Aquí he veni»do, y aquí estoy. Reconóceme ó reniega de mí. »Dame nombre y apellido, ó échame á la Inclusa. »Coleccióname entre tus obras, ó regálame al ar»chivo de tus pecados literarios.»

»Quiere esto decir (dejándonos de metáforas) que »el autor, al repasar en un momento de ocio y sin »ningún propósito determinado, una porción de es-

»tudios de costumbres, escritos por él en diferentes »épocas, y que nunca había llegado á publicar, y »otros que, si han aparecido sueltos en tal ó cual »periódico, tampoco figuraban en las colecciones de »novelillas, versos y artículos que corren con su »nombre, cayó en la cuenta de que la mayor parte »de aquellos trabajos casuales, y al parecer hetero-»géneos, tenían mucha conexión entre sí, no care-»cían de congruencia artística y unidad moral, y »aun podrían constituir un libro completo, sólo con »que se les hallara el común denominador, ó sea »un título genérico adecuado á la idea dominante.»

Esto, sobre poco más ó menos, decía mi antiguo y muy querido amigo D. Pedro Antonio de Alarcón, en el prólogo de su deleitoso libro *Amores y Amoríos*, y esto es lo único que á mí se me ocurre repetir al ordenar los originales de éste, que siendo una sucesión de impresiones producidas por las costumbres del mundo en que vivo, debe llamarse «Costumbres malas», ó «Malas costumbres», porque buenas no son las que en el libro observo y á mi modo censuro. Culpa será del mundo, y no mía.

EUSEBIO BLASCO

SUSANA

(EN EL JARDÍN DEL BUEN RETIRO)

I

Ya está ahí!

Ya está ahí como el año pasado, dando vueltas al rededor del kiosko, donde la orquesta de Bretón romperá el vals dentro de poco.

Ya está ahí, acompañada de su respetable madre, sencillamente vestida, interesante á todo el mundo, con su traje blanco, su clavel en la cabeza y su abanico japonés en la mano...

Es ella; es *Susana.*

La Susana de los conciertos del año pasado, la de los conciertos del año anterior, la de los conciertos del año que viene...

La misma Susana que veíamos este invierno

paseando por el lado derecho de la Castellana, y en la tercera ó cuarta fila de butacas del teatro Español, y en algún baile de los últimos de la temporada...

¡Es ella; siempre joven, siempre bonita, siempre virtuosa y siempre soltera!

II

Yo la conozco hace más de quince años; porque esta muchacha es de mi edad y aunque nunca le he dirigido la palabra, he seguido su vida paso á paso, interesándome por ella.

Porque siempre he oído decir que Susana es un modelo.

Tiene una inteligencia nada común.

Unas manos primorosas.

Una educación completa.

Un corazón franco y leal.

Un apellido honrado.

Una formalidad... irritante, según han dicho más de cuatro muchachos.

No es muy rica, pero ella y su madre pueden vivir cómodamente, habitar un cuarto segundo en la calle del Pez, estar abonadas cada seis días á un par de teatros, vestir con decoro y alternar

con eso que llaman el *todo Madrid* los revisteros.

Es, en fin, una excelente mujer, una persona estimabilísima, una esposa apetecible, una criatura digna de mejor suerte.

¡Y, sin embargo, Susana no se casa!

Ahí está, como el año pasado, dando vueltas alrededor del jardín, saludando á ambos lados y siendo saludada al paso. Ahí está, tan risueña, tan aérea, tan esbelta, tan interesante; pero tan soltera como el año de 72 cuando yo la conocí asistiendo á su amiga Mercedes, una conocida suya, por quien se tomó el trabajo de velar veinte noches, mientras la familia de la enferma iba al paseo y al teatro...

III

Y entre tanto... ¡qué de mujeres con su carrera terminada!

¡Y de qué manera!

Por ahí ha pasado la Brigadiera, á quien yo conocí de subalterna. Era una muchacha que llamaba la atención en todas partes por sus deliciosas coqueterías. ¡Qué volver de ojos, qué asomar de pies, qué jugar de manos, qué derrochar de novios! Todo el batallón de Segorbe tiene

cartas suyas y mechones de pelo. Todo el que se ha vestido de máscara en díez años ha tramado aventuras con ella. El capitán K... se enamoró perdidamente de ella; por ella se sublevó el 66 y el 69 y el 72, hasta pescar la faja y hacer Brigadiera á Mercedes, que hace dos años se distrajo una tarde volviendo de paseo, y se fué á pernoctar á Bayona con el ayudante de su marido...

Pero por eso no ha perdido nada, eso no; el Brigadier se retiró á sus haciendas de Cuenca; el ayudante ascendió; nuestra amiga volvió y dejó tarjetas en todas las casas, y se la convidó á todas partes; después de todo, á nosotros no nos había hecho nada... ¿qué tenemos nosotros que ver... Aquí viene... A los pies de usted, *generala.*

¿Y aquélla que viene detrás?... ¡Ah! ya... es Susana con su vestido blanco, su clavel encarnado y su abanico de dos reales... ¡Adiós, Sunana!

....

IV

Pues, ¿qué me dice usted de la Marquesa de Casa-Botín, una mujer que, después de haber sido *la pasión* de Rodolfo, calavera casado y con

hijos, y de haber mandado al otro mundo al susodicho, tísico rematado, tuvo la precaución de enamorar al señor Marqués, mi respetable amigo, un hombre acaudalado, senador, ex-ministro, ex-Tenorio, y hombre que presume de corrido (no sé si de vergüenza)?

Héla ahí sentada en medio de un círculo de amigos y de admiradores, que se dan cita para el pie del árbol donde la Marquesa sienta sus reales todas las noches. Ella lleva siempre la voz con su conversación graciosísima y ocurrente como ninguna, entremezclada de palabras francesas, y llena de eso que llaman aquí *esprit* los que no lo han apreciado en otra parte. ¡Es mucha Marquesa! Por más que digan que su conducta no es muy ejemplar, que si Luis, que si Arturo, que si el tenor aquél, que si lo de Biarritz... la verdad es que la Marquesa da de comer muy bien, que el Marqués es feliz, que sus amigos no podemos decir sino que nos trata admirablemente... eso sí, es un poco burlona; por ejemplo, ahora mismo se ha empeñado en que el vestido de esa muchacha que pasa no es de moda.—Pero lo lleva con gracia—dice una.—Sí, no anda mal.—Y es muy linda chica.—Muy linda no, pero puede pasar.—Y dicen que es muy hacendosa.—¿Y eso qué es?—¡Marquesa, por Dios!—!Líbreme Dios de murmurarla, es una amiga mía!—¡Ah! ¿La conoce usted?—Mucho: estuvimos juntas en las Ursulinas; es una chica

muy estimable; yo quisiera que alguno de ustedes se casara con ella.—¡Líbreme Dios!—¿Y por qué?—Porque tiene grandes pretensiones.—Eso no.—Porque no está uno para casarse.—Eso es otra cosa.—Aquí llega; salúdenla ustedes; no reirse, por Dios. ¡Adiós, Susana!

—¡Buenas noches, Susana!—*¡Bon soir,* Susana!

V

¡Y Susana da vueltas y vueltas y vueltas!

Alguna vez cambia un saludo con una amiga suya muy fea y muy rica, que encontró un buen mozo tronado de quien tomar el nombre, á cambio de diez mil duros de renta.

Suele ver sentada con su marido y un niño muy bien vestido á Elvira, que era una locuela, y tuvo, yo no sé qué aventura desagradable, para subsanar la cual hubo que casarla; pero dicen que hace buena casada, y de aquello nadie se acuerda.

Observa que su vecina, la de Gudal, después de haber sido el encanto de los salones, y viendo que para treinta años le sobraban diez, ha resuelto alejarse del gran mundo, y se ha casado con el chocolatero de la calle de las Beatas, que es un comerciante obscuro, pero rico, y no en-

tiende de romanzas ni de días de moda; pero la de Gudal se había empeñado en casarse, y esto, entre las mujeres, es como el ser ministro entre los hombres: se lo proponen y lo son.

También se encuentra Susana en el jardín á la que fué su peinadora, y tuvo que despedirla, porque la tal se empeñaba en traerle recados de un caballero; pues también esta peinadora, que dicen si era ó no corre-ve-y-dile de muchas altas personas, encontró una protectora que la casó con un mayordomo, y ahí está que parece una señora, con su sombrero de moda y todo.

Susana vivió hace dos años en una casa, frente á la cual había un tugurio de mal aspecto, y del que veía salir dos ó tres veces al día á una mujerzuela de mala vida, que á Susana le daba mucha lástima, porque era una muchacha hermosa, joven, con los ojos grandes, el pelo negro, la tez blanca, los pies diminutos, el aire distinguido, y Susana pensaba que el fin de aquella desdichada sería muy triste...

Pues también la acaba de ver en el jardín, primorosamente vestida, más hermosa que nunca, radiante de alegría... los muchachos que encuentran irritante la formalidad de Susana saludan á esta otra, le regalan claveles, van detrás de ella, envidian al banquero que es el dueño temporal de tanta gracia y de tanta coquetería...

VI

—Vámonos, mamá—suele decir Susana al dar las once.

Y madre é hija se van del jardín, saludando á todos y á todas, y disponiéndose á terminar el día en su cuarto segundo, con la paz y tranquilidad de los justos.

Susana lee *La Correspondencia* á su madre; algunas veces da con un sueltecito de cuatro renglones, en que se anuncia el enlace de la señorita de tal con el joven cual, y entonces, ni la madre ni la hija dicen nada, pero las dos suspiran, procurando ocultarse mutuamente este suspiro doble, que envuelve toda una teoría sobre la familia moderna.

Después Susana riega las macetas de su balcón, hace la cuenta del gasto del día, prepara labor para el siguiente, le da un beso á su madre y se acuesta.

Suele soñar con el primer novio que tuvo, y que la quería mucho, y estaba resuelto á casarse con ella, de donde resultó morirse.

Ó con otro que se llamaba Pérez y era auxiliar del Ministerio de Ultramar, pero que se enteró de que Susana no tenía más que veinte mil reales de renta, y la plantó por una niña bisoja

y enferma del estómago, que luego ha heredado tres millones.

Ó con uno que la mira mucho cuando sale á paseo, pero no pasa de ahí.

Ó con un diplomático que en casa de la Condesa de *** le habla de todo menos de amor, lo cual no se comprende.

Y algunas veces se duerme pensando:

—¿Cómo será que todos dicen que soy tan buena... y no me caso?

VII

¡Ah, no, no se casará!

Susana es la modestia, y la modestia no reina.

Susana es la formalidad, y la formalidad no está en juego.

Susana es la virtud, y la virtud no transige.

Susana es el amor, y el amor ha venido á menos.

Susana es una flor natural, y en todos los almacenes se venden ya flores contrahechas, que hasta el aroma tienen, y duran más y cuestan menos.

Yo espero ver pasar un día por delante de mi

calle el coche blanco de la Funeraria, llevando en sus andas una caja blanca con cintas de plata y una palma encima. Susana se habrá muerto de nostalgia; iremos á acompañarla *todo Madrid,* y como esto será á la caída de la tarde, desde el cementerio nos iremos al Buen Retiro, donde estarán esperándonos nuestras discretas, ocurrentes é imprescindibles amigas.

PARTE DE BODA

Señor Don ***

Muy querido amigo mío: Ayer, al volver á mi casa por la noche, encontré, entre otras cartas que había sobre mi mesa, una que al tacto me pareció invitación á algo.

Era, en efecto, una tarjeta de cartulina Bristol lo que contenía aquel sobre grande, cuadrado, en el cual estaban escritos mi nombre y las señas de mi casa.

En aquel pedazo de cartón leíase en preciosa letra inglesa, que denunciaba la acreditada casa de Marquérie:

Don Fulano de Tal *(su nombre de usted)*

Y

Doña Mengana de Tal *(su señora de usted)* participan á usted su efectuado enlace, y le ofrecen su casa, calle de *Tal*, cuarto segundo.

*
* *

¡Ah, señor mío!

Yo pensé, al romper el sobre, que se trataba de una invitación para comer ó de un convite para un gran baile.

Aquéllo era lo que se llama en la jerga moderna un *parte de boda.*

Era una satisfacción que pretendía usted darme.

Protesto.

¿Qué se ha propuesto usted ¡oh, incauto amigo! al darme cuenta, mejor dicho, al *darnos* cuenta á tantos de acontecimiento tan grave?

¿Pretende usted que lo celebre? No puedo.

¿Pretende usted que lo deplore? No lo creo.

¿Es sincero el ofrecimiento que usted me hace de la casa en que habita con su cuya, que es una mujer apetitosísima? Lo dudo.

¿Es deseo pueril de que sus amigos y relacionados sepamos que desde el día 13 ha dejado usted de ser hombre para ser á la vez hombre y mujer, dos en uno, mitad de una costilla, cabeza de familia, cola de ratón, acompañante forzoso, paciente obligado, propietario á medias, presidente sin voto, ex-amante, ex-novio, ex-iluso, ex-libre y ex-joven?

En ese caso, permítame usted que le devuelva su cartón y le anuncie que desde este momento declaro haberme equivocado al suponer que era usted un hombre de entendimiento nada vulgar.

Desde hoy es usted para mí la multitud, el

público, la nación, varios, todos, Madrid, España; pero no *Alfredo*.

* * *

Cuando usted era *Alfredo*, pintaba deliciosas acuarelas, que admirábamos todos.

Hacía usted versos que aplaudía el país y la crítica celebraba.

Tocaba usted el piano maravillosamente.

Era usted el amante de todas las mujeres, y no se le imponía á usted ninguna.

La conversación de usted tenía tal encanto, que al entrar Alfredo en un salón todo el mundo se callaba, esperando la primera frase que iba á decir el recién venido.

Gastaba usted lo que tenía y lo que no. No tenía usted apuros. ¿Le hacía falta dinero? Pintaba. ¿Se acababa el dinero de los cuadros? Hacía usted versos. ¿No producían dinero los versos ni los cuadros? No importaba, jugaba usted y ganaba, y si perdía usted, le daban dinero sus amigos y no le tachaban de perdido, porque usted pintaría y pagaría.

Viajaba usted solo y gastaba poco.

Era vecino de todas las poblaciones, inquilino de todas las casas, comensal de todas las mesas.

Mañana no significaba el porvenir, sino el día siguiente.

En fin...

*
* *

Necesito romper el cartón, so pena de romper la amistad.

¡Me participa usted su efectuado enlace!

¡Oh, sí! Conozco á la señora, la admiro, la venero. He bailado rigodones con ella; he hablado con ella en inglés; he visto sus bordados adornando la banqueta del piano de su casa.

Es rubia.

Es joven.

Es bonita.

Es rica.

Es discreta.

Es virtuosa.

Por eso, sin duda, usted no ha podido resistir al deseo de tomar el coche, ir con su señora á la litografía y encargar 500 tarjetas, en las que nos participa usted su efectuado enlace.

*
* *

Pero hay en esto un abuso que no se puede tolerar.

¿Por qué he de acostarme yo esta noche con

el pesar de saber que usted ha tenido la mala ocurrencia de cortarse las alas?

Porque, desengáñase usted, Alfredo, el arte es hermano de la libertad; usted es un artista, y el matrimonio no se hizo para los artistas. Usted era un águila caudal, y se ha metido á paloma-correo.

Espero verle á usted dentro de tres años paseando en el Prado con la señora, dos niños y dos amas de cría.

Estará usted gordo. Habrá usted perdido sus hermosos cabellos, vestirá usted ropa barata. Tendrá usted el aire triste.

La señora estará gruesísima. Se le habrá olvidado el inglés y los rigodones y los bordados aquellos de la banqueta. Ya no será la que á usted le encantó en los baños de Santa Agueda con su vestido de percal y su sombrero *Niniche*, que fué el primero que vino de París para ella. No, señor; irá con su velo en la cabeza y su pericón en la mano buscando una silla cerca del *Guiñol* para esperar á las amas, que le habrán dada á usted un día horrible y exigirán su comedia de monigotes por la noche.

Ya no irá usted al Suizo, ni á la *Acuarela*, ni á Toledo, ni á París, ni á Roma.

No irá usted á la caída de la tarde á robar al sol su último suspiro, para hacer un cuadro que los *marchantes* de París se arrebatarán de las manos.

No, Alfredo, no. Pintará usted tumbas... y vacas.

Yo lo sé.

Mejor dicho, lo adivino.

Presiento la metamorfosis que va á operarse en mi amigo querido. Le veo gozosísimo usando esa media docena de trajes que se hace uno cuando se casa, visitando á todas las relaciones nuevas, recorriendo teatros y salones con la señora, radiante de hermosura, de juventud y de fortuna...

Pero prefiero no saber nada.

Recuerdo nuestros paseos por la vía Appia. La alegre comida del taller en que resonaba el cañonazo tradicional. Nuestros viajes á Francia, nuestra vuelta á España cuando era usted el ídolo de las mujeres y la envidia de los amigos. Recuerdo los mil y mil bocetos de paisajes ideales, los borradores de los poemas, el *Ave María de Schubert* al piano mientras ponía la mesa el criado y se oían por las escaleras del taller los presurosos pagos y el rozar de la seda...

*
* *

Vaya usted con Dios.

Guardaré el cartón en lo más hondo de mi cartera.

Esperaré diez años.

Cuando venga usted á pedirme una recomendación para ser profesor de dibujo lineal en algún Instituto libre de provincia; cuando me pregunte usted en una carta con qué se curan las postemas de los pechos; cuando me escriba usted si quiero comprar un boceto que representará la primera comunión ó la pasiega despedida; cuando le sorprenda á usted en el anfiteatro segundo viendo la comedia de magia el día de Año Nuevo por la tarde, con una familia que ocupará toda la delantera; cuando me declare usted, en fin, que no sabe en que consiste que ha perdido la inspiración, la gracia y el estilo, le contestaré devolviéndole este cartón, para que pinte usted en el dorso una familia gallega debajo de un paraguas.

EL MUNDO

(CARTA Á UN GRANDE DE ESPAÑA)

I

El mundo es un baúl. En la vida moderna se viaja con el mundo á la espalda.

Es cosa tan indispensable, que se vende ya por las calles como los periódicos, como los artículos de primera necesidad, como todo lo que es de uso imprescindible é inmediato.

Todas las mañanas veo á dos zagalones que llevan cogido por las asas uno de esos baules colosales, donde nuestras señoras colocan el equipaje, y que van gritando desaforadamente: «¡El baúl-mundo se vende!»

Las razas han degenerado; hoy somos raquíticos, enclenques, mientras que nuestros antepasados eran fuertes, vigorosos, membrudos.

Los baules, en cambio, han triplicado de tamaño. Lo que hemos perdido en sangre lo hemos ganado en ropa. No podemos viajar sin llevar con nosotros un mundo de cosas.

Pero fuerza es confesarlo: el mundo no es la maleta de los hombres, es el baúl de las mujeres.

Acuérdate ¡oh, Román! de cómo viajábamos tú y yo por Italia hace diez años.

Fuimos desde el Mont-Cenis á Brindisi, deteniéndonos en todas las poblaciones importantes de aquel hermoso país, y recorriendo todas las diferentes comarcas de que se compone. Todo lo vimos, lo visitamos todo. Dos meses de continuo viaje nos proporcionaron la temporada más feliz de nuestra vida.

¿Recuerdas nuestro equipaje?

Como en Italia no se concede peso alguno al viajero, y todo es *exceso* menos lo que se lleva á la mano, y como tú y yo éramos dos muchachos solteros, viajeros artistas, que nos parábamos donde mejor nos parecía, y no teníamos que consultar más que á nuestro capricho, llevábamos por todo equipaje un saco de noche, que colocábamos en el hueco que hay bajo el asiento, y cuyo contenido era el siguiente:

Cuatro camisas de color, que nos lavaban y planchaban en los hoteles de un día para otro.

Dos camisas de dormir.

Seis pañuelos de á peseta.

Un traje de hilo, que nos costó en Florencia cincuenta liras.

Seis pares de calcetines.

Un par de guantes.

La gorra de viaje.

Una docena de cigarros para el consumo del día.

Y la *Guía del viajero en Italia.*

Con este ligero equipo, cuyo continente no ocupaba medio metro cuadrado, y cuyo contenido no nos había costado cuarenta duros ni mucho menos, estuvimos en Turín, en Bolonia, en Milán; de allí fuimos á Ancona y á Rímini; á Pésaro, patria de Rossini, y á Urbino, cuna de Rafael; nos detuvimos en Loreto; pasamos á Ravena para visitar la tumba del Dante; volvimos á Bolonia, y después de un día de descanso, fuimos á Pistoja y á Pissa; llegamos á Florencia, donde nos detuvimos algunos días; visitamos Venecia, Nápoles, Carrara, Pompeya, Herculano, el Vesubio; pasamos á Venecia; retrocedimos, entramos en Roma; hicimos innumerables excursiones á mil y mil lugares artísticos, históricos y de recreo; volvimos atrás; pasamos á Suiza por el Tirol italiano...; en una palabra, viajamos durante dos meses, que aun hoy, al cabo de diez años, me parecen un sueño.

Y no nos ocupábamos de facturar equipaje alguno. Nuestra maleta tenía algo de compañerá modesta, á quien llevábamos del brazo por

todas partes, y como ni teníamos obligaciones ni necesidades, no nos acordábamos del *mundo*, porque el mundo era estrecho para nosotros.

Si no fuera una cita *cursi*, de puro manoseada, ayer, antes de comer contigo y con tu señora, te hubiera saludado como el héroe troyano á su amigo de marras:

¡Quantum mutatur ab illo!

II

Tú, que entonces eras agregado sin sueldo á una embajada, te casaste poco después con la hija de un Grande. Hoy eres Grande también, á pesar de tu poca estatura, y disfrutas de una renta como yo para mí deseo.

Y ayer, al ir, según mi costumbre de todos los lunes, á comer á tu casa, me encontré á la Condesa, tu mujer y mi amiga, ocupada en hacer su equipaje, pues, según me dijo, os marcháis esta tarde á Biarritz.

Permíteme que antes de despediros dé á conocer á las modestas madrileñas que no salen este verano, y á los maridos que tienen el valor de salir éste y otros, lo que vi sumergirse en el mundo de tu señora, cuyo tamaño (el del baúl) no puedo calcular aproximadamente.

Yo creo que la sima de Iguzquiza debe ser una cosa así; no recuerdo bien si el cráter del Vesubio tiene dos metros y medio más de anchura que la boca del baúl condal; pero no será mucho más, de seguro; en cuanto al lago de Como, creo que si 40.000 aguadorcs lo trajeran en cubas para encerrarlo en este cajón de cuero con clavos dorados, el agua no pasaría de la división de enmedio.

Pero allá va la lista de lo que una mujer *commeil faut* debe llevar á Biarritz para una temporada de mes y medio.

III

Docena y media de camisas.
Seis pares de enaguas.
Doce pares de pantalones.
Doce pares de medias de seda.
Seis pares de botas.
Seis de zapatos.
Seis batas de batista.
Un corsé de moaré blanco.
Otro de raso negro.
Seis peinadores.
Veinticuatro pañuelos.
Cuatro trajes *negligé*.

Cuatro de medio vestir.
Cuatro de vestir del todo.
Un sombrero blanco.
Otro azul.
Otro rosa.
Otro que va bien con todos los trajes.
Seis sombrillas.
Diez abanicos.
Doce pares de cuellos y puños.
Un neceser precioso.
Una caja de polvos de arroz.
Otra de alfileres blancos.
Otra de negros.
Otra de imperdibles.
Una caja redonda de cartón con cerquillos de pelo postizo.
Una cesta de labor.
Papel de cartas con timbre imperial.
Sobres timbrados de oro y azul.
Un devocionario.
Un rosario de malaquita y engastes de plata.
Un velo para ir á misa.

Y otra caja de cartón llena de corbatas, frascos con esencias, flores artificiales, pañuelos de encaje, lazos de mil colores, alfileres de pecho, peinas, horquillas con cabezas doradas, coronas condales de oro para sujetar los chales, borlas, *esprits*, estampas para el libro de misa, gemelos de teatro, brazaletes, sortijas, guantes de piel de Suecia y novelas francesas.

Todo esto cayó como piedra en el abismo, dentro de aquel espectáculo inconmensurable; y calculando por lo bajo y sin contar las alhajas, pues esas forman parte de los regalos de boda y dote de tu esposa, yo, que sé los precios de las cosas modestas, te aseguro, aunque á tí te hayan dicho lo contrario, que el equipaje de tu mujer se puede tasar en cuatro mil doscientos duros.

IV

Ahora bien:

En Biarritz hallaréis un sin fin de amigos que no son ricos como vosotros, que no tienen una renta como la vuestra; pero que viajan como vosotros viajáis y hacen vuestra vida.

Esto me hace pensar en la *pluralidad de los mundos*. Me figuro á ochocientos maridos asomados á la boca de ese pozo Airon, donde sus adoradas mitades van arrojando al comercio de Madrid en forma de zarandajas, y les comparo con el niño Jesús que habrás visto representado mil veces sosteniendo al mundo en la palma de la mano.

Y en seguida hallo justificados la animación y el trasiego que hay siempre en los juzgados municipales. Adivino por qué hay tanto suici-

cidio; sé por qué se ve con tanta frecuencia en los paseos y en los teatros ese grupo nacional, compuesto de una señora y dos caballeros, que forman lo que se llamó antaño en Italia *triángulo equilátero;* y al revés de los moralitas, que ven la razón de todo esto en que el mundo está perdido, yo la encuentro en que el mundo *está lleno.*

Recuerdo nuestros viajes de hace diez años con aquella maleta de lona y *sin exceso* alguno; te evidio la renta que te permite ver sin aflicción el *universo* de tu señora, mi respetable amiga. En cuanto á mí, sigo viajando solo, porque, te lo aseguro, no quiero pasar por la terrible prueba de los que, esclavos de la vanidad, la moda y la señora (que son tres mujeres), en cuanto llega el momento de emprender un viaje, sienten que el *mundo* se les viene encima.

Hace dos años encontré en San Sebastián á un marido solo:

—¿Y la señora?

—Se quedó en Madrid porque está enferma. El médico le ha prohibido el movimiento de los trenes...

El año pasado volví á encontrarle en Portugalete, solo.

—¿Y la señora?

—No se ha resuelto á salir de Madrid por tan pocos días.

Aquel hombre me recordó el cuento de la di-

ligencia. Iban cuatro viajeros en la vaca, tomando el sol y tragando polvo.

El primero decía:

—Yo viajo aquí arriba, porque en la berlina me ahogo. ¡Á lo menos aquí se respira!

El segundo exclamaba:

—¡Yo soy artista! ¡Prefiero la vaca, porque aquí se admira el paisaje!

El tercero, fumando:

—Yo voy en lo alto, porque puedo fumar sin que refunfuñen las señoras.

El cuarto viajero, con amarga sonrisa:

—¡Pero qué desconsiderados son ustedes! No me han dejado ni una sola excusa, y voy á tener que decir la verdad. ¡Yo voy aquí porque esto es lo más barato!

¡Ah! Si hace diez años se nos hubiese agregado una mujer en nuestro viaje, y hubiera pretendido que la lleváramos con nosotros, de seguro que los dos le hubiéramos dicho á la vez, señalando al enorme baúl, lo que Cristo decía cuando andaba por los vericuetos: «Mi reino no es de *ese* mundo.» Vade retro, mujer moderna, para el hombre tan *cara!*

V

Os deseo felicísimo viaje. Pero debo advertirte que á la vuelta de dos ó tres años, cuando seas papá, viajarás con cinco ó seis personas, y el *globo* de la Condesa no será bastante á contener lo que querrán echarle. Necesitará dos, y yo entonces iré á felicitarla, porque, además de su título y su grandeza, tu mujer será *señora de dos mundos*, como la España de nuestros mayores.

EL DIOS MOMIO

Hace pocos días, viajando por la línea del Norte, llegué á suponer que el billete que yo había tomado en la estación de Zumárraga sería falso.

Y mis temores eran fundadísimos, porque mi billete no se parecía á ninguno de los que llevaban los siete compañeros de viaje que ocupaban el vagón conmigo.

El mío era de cartón, mitad encarnado, mitad azul. Los que los demás viajeros enseñaban al Interventor, cuando éste los exigía, ni eran de cartón, ni encarnados, ni azules.

Eran unos pedazos de papel, más grandes ó más chicos, pero desiguales todos.

Un caballero, á quien conozco de vista por-

que le suelo ver en coche particular por las calles de Madrid, enseñó al revisor una hoja de papel que llevaba en su cartera en cuatro dobleces, y le fué devuelta en el acto.

Al lado de este caballero viajaba un matrimonio, conocidísimo por su posición desahogada. El marido entregó al revisor un papelito blanco, apaisado, que el empleado le devolvió después de mirarlo un instante.

Tres viajeros que iban al lado y enfrente de esta pareja mostraron asimismo diferentes papeles, en los que había algo escrito ó autografiado.

Por último, el que iba á mi lado sacó una tarjeta de cartón Bristol, diciendo con aire de mando: «El pase». Y el empleado ni lo miró siquiera.

Al llegar á una de las estaciones inmediatas, el tren, que sólo debía detenerse cinco minutos, no partía. Oíanse en un coche próximo voces descompuestas, amenazas y palabras mayores. La curiosidad me hizo bajar para ver lo que sucedía.

El Interventor sostenía un animado diálogo con un caballero que viajaba en un reservado con su señora, niños y criados.

Decían así:

El caballero.—Mi pase dice que viajan conmigo ocho personas.

El Interventor.—Sí, señor, pero las dos que faltan...

El caballero.—¿No le he dicho á usted que van en otro vagón?

El Interventor.—¿Y no le he dicho á usted que eso está prohibido?

El Caballero.—¡Le digo á usted que le ha de costar muy caro!

El Interventor.—Yo le digo á usted que no puede costarme ni caro ni barato el cumplir con mi obligación. Usted lleva seis billetes de primera á mitad de precio y dos de segunda. Es así que van aquí dos criados en primera, luego van indebidamente, y ahora mismo me paga usted doble precio por estos dos criados hasta la frontera.

El Caballero.—¡No tendría usted la culpa!

El Interventor.—¡No, señor; la tendría usted!

El Caballero.—Daré parte al Director, que es amigo mío y le separarán á usted.

El Interventor.—Lo dudo, porque estoy cumpliendo con lo que la Empresa me manda.

El Caballero (exaltadísimo y á toda voz).—¿Usted sabe quién soy yo?

El Interventor (encogiendose de hombros).—Un viajero.

II

Merece capítulo aparte el efecto que al viajero le hizo que le llamaran tal.

¡Allí fué el sacar apellidos, títulos y honores! Se llamaba diez ó doce veces Guzmán, González, Ladrón, Santiponce, y qué sé yo qué más, especialmente Ladrón de No Sé Qué, aunque el revisor decía que *de billetes*. Era, no sé si Duque, ó Archiduque ó Príncipe; Senador del Reino, Teniente General, Caballero gran cruz de varias españolas, americanas y extranjeras; tercer accionista del Banco de España; ex-ministro y ex-embajador; era, en fin, la *Guía de Forasteros*, que iba á tomar baños.

Y aquel hombre no podía consentir que siendo tanta cosa, un empleado fiel le impidiera defraudar á la Empresa, como al parecer quería.

Pero no hubo remedio: el Interventor se disponía á llamar á la Guardia Civil para que la ley se cumpliera; el Jefe de la estación daba la razón al que la tenía, y el *Hombre-Guía* pagó, no sin amenazar al empleado con quitarle el empleo en volviendo á Madrid, *pues él era muy amigo de los Consejeros;* y al decir todo esto, agitaba convulso un papel blanco, igual ó parecido á los que mis compañeros del vagón usaban como billetes.

Entonces, y viendo que el tren andaba ya, subí precipitadamente al furgón para no quedarme en tierra; y como delante de mí subió el Interventor, le rogué que me explicase el poder de los papeles blancos y aquel honrado revisor de la Empresa me refirió cosas curiosísimas.

III

Desde que comienza el verano, la mitad ó más de los viajeros van provistos de billetes á menos precio del que marcan las tarifas. Los hay de mitad, de tercera, de cuarta parte. Los hay que permiten viajar en primera por el coste de segunda, y los hay de segunda que permiten viajar por el coste de tercera.

Esto parece probar que los viajeros españoles son pobres, y, sin embargo, no hay tal cosa.

Generalmente, los que viajan así son ricos. Los que blasonan de ser todo lo que era el caballero del vagón de al lado.

Son los que toman una *villa* en el extranjero, por la que pagan de alquiler miles de francos, y no se conforman á pagar á la Empresa de su país más que la mitad de lo que debieran.

La Empresa no recibe el diluvio de cartas y peticiones de los pobres ni de los modestos viajeros de segunda clase. Los que viajan casi de balde son los que tienen dinero de sobra.

Estos no vacilan en ir á Biarritz, á Arcachón, á San Juan de Luz, á Pau ni á Burdeos, á dejar en los hoteles lo que tal vez pagan doble de su precio; pero necesitan pedir un favor que significa cinco ó seis duros.

El modesto comerciante, el humilde empleado, el propietario rural, el escritor sin renta, el artista sin relaciones, no conocen á la Empresa, no saben suplicar por poco dinero, viajan con su billete entero, tienen que mermar su temporada de baños, van de un punto á otro juntitos y apretados, porque nadie les pone el *cartelito* que dice: RESERVADO, para que puedan ir tres donde deben ir ocho.

En cambio, observad quienes son los dichosos. Son senadores, generales, ex-ministros, banqueros, titulos, comendadores y caballeros. Son los que tal vez en un grave discurso se lamentarán de los grandes fraudes al Estado, y no pueden viajar si no defraudan de alguna manera, porque para ellos se hicieron esos *cartelitos* tan en uso. Viajan por la mitad, y viajan anchos, y á cada momento han de sacar el reloj para hacer constar que el tren va con retraso, lo cual no pueden consentir de ninguna manera.

¡Cosa providencial! ¡Estos viajeros ni descarrilan ni *chocan*.

Dos años hace que un pobre soldado que iba con licencia á su casa para curarse unas calenturas tuvo que ponerse de uniforme para ir á mitad de precio hasta Utrera. ¡Con fiebre y vestido de paño!

Era en el mes de Agosto, y al llegar á Córdoba se liquidó y hubo que recogerle en un cubo.

IV

—¡Ay, amigo mio!—le dije al Interventor cuando llegábamos á Beasain. Usted me cuenta los perjuicios que sufre su Empresa. Yo le contaré á usted los que sufren las mías.

—¿Las de usted?

—Sí á fe, porque yo considero como mías á todas las empresas de teatros; y ha de saber usted que todos los que viajan á cuarta parte de precio son casi los mismos que van al teatro con lo que llamaría un matemático *menosprecio*, porque el que no paga representa una cantidad negativa.

—¿Qué me dice usted?

—La verdad.

Y entonces comencé á contarle yo á él cosas no menos graves.

V

—¡Pensará usted que todos los concurrentes á los teatros, esos caballeros y esas señoras tan compuestos y emperejilados que habrá usted visto en palcos y butacas, se gastan diariamente 30, 40 ó 50 reales!

¡Creerá usted que los que lógicamente deben entrar gratis, como son los autores, los periodistas y las familias de los actores, son los únicos que disfrutan del espectáculo!

¡Ah! ¡Si usted viera todas las mañanas las cartas que el empresario y el autor de la comedia en juego reciben de muy altos y muy poderosos señores, que les ruegan con cariñosas frases *un vale* de dos ó tres butacas!

Madrid es un pueblo alegre, aristocrático, distinguido. Allí todos son elegantes, todos lucen; pero crea usted que pagan muy pocos.

¡Si usted viera cuantas mujeres bonitas, discretas, elegantes, hasta formales, si usted me apura, escriben á los empresarios y les hacen cara de Pascua para lucir por la noche sus encantos de balde!

El modesto concurrente á la galería y al anfiteatro, ese estimabilísimo individuo de la clase media, que va al teatro por ver la comedia, que la escucha desde el principio al fin, que no entra tarde ni se impacienta temprano, ese nos juzga y nos lleva su parte alícuota, que contribuye á la vida de la empresa, y del escritor, y del artista; pero la coqueta sin fortuna, el político sin gusto, el rico sin largueza, la viuda sin amigo, el vanidoso con seis hijas y el tronado con pretensiones, esos van con un billete que tampoco es de cartón, sino de papel blanco, y, créalo usted, son los primeros que silban las comedias que no les divierten.

Hay unos cuantos ricos que viajan en salón y se abonan á palco; otras cuantas familias que antes que pedir un favor de tan poca cantidad no viajarían, ó no irían á los teatros; pero los demás.... crea usted que forman parte de un culto nuevo, de una religión que va á acabar con la de usted y la mía....

—¿Y cuál es?—preguntó riendo mi nuevo amigo.

—Un momento; acabo en seguida.

VI

Conozco á un matrimonio de los que se ven en todas partes. La mujer llevó en dote 10.000 duros, que su esposo se jugó al *bacarrat* en un año. El esposo es un señorito que no ha logrado ser nada, ni ocuparse en nada, porque no sirve para nada....

—Pero....

—Muy pronto acabo. Marido y mujer viven con los padres. Dicho se está que almuerzan y comen á *cuarta parte*. Tienen un pase de libre circulación en el tranvía, que los deja á la puerta del teatro. En el teatro entran con billete de favor, y luego van á tomar chocolate á casa de una generala prima suya. En la primavera les da la empresa del Norte dos billetes gratis hasta San Sebastián, y allí pasan seis meses en casa de una tía. En el otoño vuelven á Madrid y comienzan de nuevo.

Estos son, pues, los nuevos sectarios, los sacerdotes del nuevo Dios de Madrid, del ídolo de moda, que para nombrarlo de una vez, es.... el DIOS MOMIO.

DRAMA REALISTA

I

PUDIERA escribirse, pero no agradaría. Aunque eso que hemos dado en llamar *realismo* en el teatro (y que, á semejanza del federalismo en la política, nadie ha definido bien todavía) disculpe ciertas monstruosidades, que antes no eran admirables sobre la escena, este drama no sería aplaudido....»

Así hablábamos hace años en un círculo de literatos.

Y uno de ellos que acababa de llegar, preguntaba:

—Pero ¿qué drama es ese tan terrible?

—Es un drama *ultra-tumba.*

—Ahora lo entiendo menos.

—Lo contaré de nuevo.

—Oigamos:

II

Érase un matrimonio modelo. La mujer, buena, bonita y barata; quiero decir, una mujer de esas que convierten las pesetas en duros. No llegaba á tres mil reales el ingreso mensual de aquella feliz pareja; él era empleado de vuelo bajo porque no había llegado á la categoría de *alto funcionario*. Veinticuatro mil reales y la amistad de los jefes. Ella tenía una pensioncita, que le dejó su padre al morir, de seis mil y pico de reales, pagaderos por trimestres.

Pero esto, que hubiera sido bastante *para vivir*, como suele decirse, no podía serlo para hacer lo que se llama también vulgarmente *cierto género de vida*, es decir, para ir de cuando en cuando al teatro Real, alguna noche á casa de la Duquesa de ***, alguna otra á la reunión literaria de los Sres. de X., y algunas más al gran baile de éste, á la boda del otro y á la comida semanal del de más allá.

Y sin embargo, lo era.

Aurora (la mujer se llamaba Aurora) tenía dos ó tres vestidos, que trasformaba maravillosamente según lo exigían las circunstancias. Ya le ponía lazos negros al vestido blanco, ya adornos blancos al vestido negro, ya convertía

en cuerpo lo que había sido otra cosa; en una palabra, Aurora era mañosa, como dicen ellas.

Y Andrés (que así se llamaba él) admiraba á su mujer, que á veces se pasaba todo el día preparando su traje de la noche; y ello es que el traje resultaba siempre de moda, y las amigas lo celebraban como tal y preguntaban quién lo había hecho. Aurora se permitía una mentirilla venial, y aseguraba que se lo habían traído de París.

Andrés se consideraba feliz, por tres razones.

Primera, porque estaba enamorado de su mujer.

Segunda, porque, siendo ella como era, podían ir juntos *al mundo*, y á Andrés le gustaba *el mundo*.

Tercera, porque era un hombre confiado.

La confianza en el matrimonio es una garantía de felicidad tan segura como la firma de Rostchild en un pagaré.

Creer siempre, creerlo todo, tener la seguridad de que todo cuanto dice la mujer propia es cierto, dicha completa es que nada puede turbar, porque la fe es ciega.

Aurora era bella, tenía siempre alrededor una docena de admiradores de su hermosura y de su talento; Andrés jugaba al tresillo, lejos del salón, y se retiraba á su casa con su mujercita, sin ocurrírsele preguntarle nunca: «¿Qué te han dicho?»

Y hacía bien Andrés en ser así. Aurora no *había dado que hablar*. que es otra frase al uso. No se le conocían preferidos; brillaba, pero no daba fuego.

III

Un verano fueron á París. Andrés había acertado á la lotería diez mil reales, y se propuso gastárselos en quince ó veinte días en la capital del mundo. Aurora podría ver aquel pueblo sin igual, y cuando volvieran y sus amigos les preguntaran dónde habían estado, podrían responder: «Hemos estado en París.»

Y esta es una gran contestación para un matrimonio que alterna con el *todo Madrid* de que hablan los revisteros.

Fueron, pues, á París. Aurora lo admiró todo, lo celebró todo.... y ¡cosa rara! en una población donde todo entra por los ojos y en la cual las mujeres harían..... milagros por comprar cuanto ven, la esposa de Andrés no apetecía nada.

—No soy caprichosa,—le dijo á su marido;—ya sabes que me complazco en engañar al mundo y de este modo podemos entretener nuestra modesta posición. Lo único que he comprado esta mañana mientras dormías ha sido....

Y al decir esto, sacó del bolsillo tres estuches, que abrió delante de su marido.

Andrés no pudo contener un grito de asombro. ¡Eran brillantes! Un par de pendientes magníficos, un alfiler de pecho, un adorno para la cabeza....

¡Y todo aquello había costado cuatro mil reales!

La plaza de Palais-Royal está llena de esas tiendas en donde se vende el lujo falsificado. Napoleón III mandó una vez que en esos establecimientos se advirtiera por medio de carteles al público que los brillantes eran falsos, porque la imitación había llegado á un grado de perfección incomparable.

Aurora se proponía presentarse en Madrid deslumbradora, y lo consiguió; porque en el primer baile del invierno siguiente, con un vestido cuyo coste no excedía de tres mil reales, y aquellas piedras falsas, Aurora hizo un efecto extraordinario.

IV

Y.... realmente, de estas mujeres hay pocas. Son todas gastosas por instinto, y en cierta clase social, por necesidad. El mundo exige gastos

inevitables, y aquel que no sepa *sortear* estos gastos se arruina.

Así hablaba Aurora, y tenía razón, y lo probaba.

Por ejemplo, una semana en que su marido echaba la cuenta de lo que habían de gastar, ella le dijo:

El lunes, al teatro Real; butacas gratis, porque tú se las puedes pedir al Empresario ó al Director de cualquier periódico.

El martes, á la Embajada. Yo iré con las de López y me llevarán en coche. Tú irás á buscarme allá y ahorramos el gasto de un carruaje. Mi vestido negro con encajes blancos no lo recuerda ya nadie, y lo he vuelto del revés.

El miércoles, gran baile en casa del Duque de***. Me pondré mi vestido bueno, *el único* descotado, y mis brillantes famosos, y he de estar como la más rica.

El jueves.....

Y así sucesivamente Aurora iba calculando equipos y gastos, y con efecto, resultaba una economía que nadie echaba de ver cuando se encontraba en un salón á este matrimonio dichoso, cuyas rentas nadie sabia; verdad es que nadie se las preguntaba: ventaja inapreciable del mundo bien educado.

V

Quince años vivieron así. Faltóles para su felicidad fruto de bendición, pero en cambio fueron admiración del mundo y envidia de sus amigos.

Una noche, al salir del teatro, Aurora se acatarró; no *hizo caso,* y se puso peor. A los dos días tuvo que hacer cama, y á los diez Andrés era viudo.

Su dolor fué inmenso; ¡una mujer adorada! una mujer joven, hermosa, discreta, amantísima, económica y virtuosa!

Andrés sintió deseos de suicidarse, pero no llegó á tan triste caso, que tal vez hubiera sido el único en los anales del matrimonio.

La muerte de su mujer le sorprendió en uno de esos días que hay en la historia de todos los matrimonios felices. Sin dinero. Tenía algo, pero no lo bastante para rendir á su adorada compañera el último tributo de cariño en toda regla.

La vanidad llega hasta los umbrales de la muerte. *Todo Madrid* había ido á preguntar por el estado de la enferma, y todo Madrid iba á asistir al entierro.

Andrés pidió dinero prestado y no se lo die-

ron, y acudió al recurso vulgar más en uso, porque es el más práctico.

—Toma, querido, le dijo á un amigo de la infancia que no le había abandonado un instante durante la enfermedad de Aurora; toma, lleva á la casa de préstamos de enfrente estas alhajas. Son falsas, pero falsas y todo, me dieron por ellas tres mil reales el año pasado en cierto apuro que tuvimos. Corre, y tráeme algún dinero en seguida.

A la media hora estaba de vuelta el amigo exclamando:

—Pero tú ¿de dónde has sacado que tus alhajas no son buenas? ¡Brillantes magníficos, y ahí tienes nueve mil duros que acaban de darme en el Monte de Piedad ahora mismo!

. . . .

. . . .

¡VA Á VENIR...!

MONÓLOGO

Enrique, *llegando á la calle de Sevilla*:

—Las ocho y media; es la hora. Va á venir....

Faltan diez minutos. Bien puedo leer otra vez su deliciosa carta á la luz de la repostería del Suizo.

Dice así:

«Arriesgándolo todo, y sólo porque usted vea que deseo complacerle, iré esta noche á la calle de Sevilla, esquina del Suizo, y daremos una vuelta por el Prado, *de manera que mi familia no pueda sorprenderme.*»

Y al pie de estos encantadores garrapatos hay una L.

¡Oh; Luisa! ¡Incomparable Luisa! ¡Luisa, discutida por todos mis amigos! Al fin vas á venir.

Al fin voy á tenerte á mi lado una hora.... ¿Se habrá ido el coche?

Nó; está allí, con su tablilla doblada y su sueño profundo....

¿Será posible? ¿Es verdad que aquella encantadora mujer, á quien fuí presentado este invierno con tanta solemnidad en el baile de la Generala, es la misma que ahora...? Recapitulemos. Tengo tiempo.... Faltan ocho minutos para la media.... ¡Uf! ¡Mi suegra! ¡Me meto en el café!.... pero no, en el café estarán mis amigos, me entretendrán, se pasará la hora.... Aquí en el portal.... haré como que miro las fotografías....

¡Ya pasó! ¿Donde irá mi señora madre política á estas horas y sola?

Luisa es una rubia algo más alta que baja, con unos ojos azules como el cielo, mitad infeliz de un Conde alicantino, que ha ido á Cuba con un destino en el muelle de la Habana; con esto digo bastante para justificar su mal estado de fortuna presente y su reposición futura...

Luisa se casó con él para ser Condesa. Y lo es. Podrá no tener dinero, pero es Condesa. Podrá no amar á su marido, pero se ha casado. Podrá ser muy seria, pero va á venir.....

La media menos cinco..... ¡Cómo sentiría que lloviera!

Pues, como digo para mis adentros, Luisa es muy bonita y está en juego. Quiero decir que va á todas partes. La Duquesa la lleva á su palco en el teatro Real; la Baronesa la lleva á su palco en los toros..... Come todos los viernes en casa de la Generala..... Allí la conocí. ¿Quién es esa? —le pregunté á un amigo.—Luisa R..... —me dijo: es decir —añadió —la Condesa de A.....—¿Quieres presentarme?—Con mucho gusto.—El gusto es mío. Hace mucho tiempo que deseaba...—¿De veras?—¡Quién no desea!—Gracias. —¿Bailará usted un vals? —Sí. —Pues ya....., etcétera, etc., etc.

A la mañana siguiente dejé mi tarjeta en su casa. Dos días después la encontré en la rifa de Beneficencia.—Estuve á ver á usted...—Sí, lo sé; ¡cómo sentí no estar!... de cinco á seis estoy siempre.—Si no fuera pesado, volvería.—Vuelva usted.—Mañana.—Bien.—¿Qué ha hecho usted de los pobres?—He tomado diez papeletas. —¿Qué ha sacado usted?—Nada; ¿y usted?—Yo no he puesto.—Tomaré por usted.—¡Por Dios! —¡Si eso no vale nada!

Tomo doce papeletas para mi amiga, que tiene la fortuna de sacar dos premios: un abanico japonés y una caja de horquillas; una amiga, que va con la mía, dice que se cansa; se van, las acompaño, pasamos por la Iberia, convido á

helados, las llevo á su casa, al día siguiente voy á las cinco y encuentro á mi amiga sola, es decir, no tan sola; la acompañaba un perro inglés, que intentó morderme por dos veces. Hablamos de Madrid, de los últimos bailes, de su marido, de la isla de Cuba, de lo doloroso de la separación... Me atrevo á censurar la conducta de los maridos que se van á las colonias dejando en Madrid mujeres tan bonitas... y se me dice que tengo razón.

Desde aquel momento comienzo el sitio en toda regla.

Luisa comienza por sonreir al oir mis primeras insinuaciones, intentando variar de conversación. Insisto. Vuelve á sonreir y no varía de asunto. Vuelvo á insistir. El decoro toma la palabra.

—Comprenda usted lo delicado de mi situación. Sola en Madrid, con unos criados fisgones y *dejados por él*... yo tendría mucho gusto en recibir á usted... pero... ya usted ve... yo tengo que guardar tantas consideraciones... ¿Cómo? nó, por Dios, ¡qué cosas! ¡eso es una locura! En fin, váyase usted... las seis... tengo el coche á la puerta, he de llevar á mi prima á la novena de las Calatravas... Ea, adiós, amigo mío, adiós.

Y me retiro.

Al día siguiente la encuentro en el teatro Real, y *apenas la saludo*. Su prima, la prima de la novena, la brigadiera Q., una mujer con bigotes á

la borgoñona, los ojos ribeteados y el pelo de tres colores, me ve á los dos días en la puerta de Lhardy, y me dice:

—Hola, Pérez, ¿qué pasa?

—Señora...

—¿Por qué no ha hablado usted á Luisa?

—¡Ah!

Y al decir ¡ah! sonrió como si le dijera:—Señora esas son cosas *nuestras*.

La Brigadiera añade:

—La tiene usted muy resentida. ¿Por qué no va usted por allá?—La ofrezco ir por allá; pero no voy. Prefiero escribir una carta sin firma, en que digo:

Que estoy desesperado. *(Mentira)*.

Que supuesto que mis visitas son inconvenientes, he decidido escribir pidiendo una explicación de media hora.

Que soy un caballero. *(Es la costumbre)*.

Que deseo saber si me he equivocado al esperar que seré atendido. Esta carta no obtiene contestación. Luisa me ve en el paseo de la Castellana, me saluda con gravedad y se pone muy colorada. Pasan ocho días, durante los cuales no nos vemos.

La Brigadiera me escribe al día noveno una carta que huele á violetas, en la que me invita á comer el viernes, *de toda confianza*.

Voy el viernes á casa de la Brigadiera, y me encuentro á Luisa, que, por una de esas ca-

sualidades inexplicables, come á mi lado. Durante la comida aprieto en todos sentidos. A los postres Luisa está de buen humor, tomamos el café en un rinconcito, junto á un balcón, lejos de los comensales, que nos miran de reojo, fingiendo que no se enteran. Se baila. Luisa toca unos valses de Waldteufel, yo le doblo la hoja... A las doce de la noche la dicen que está su coche, y al despedirse de mí me ofrece contestarme... ¡Y héme aquí!

Va á venir; la espero sin falta. La media va á dar; dentro de un instante la veré llegar... ¿Por dónde? ¿Vendrá por la calle de Peligros? No es su camino. ¿Por la Puerta del Sol? ¿Por la Carrera de San Jerónimo? No deja de ser extraño darle á uno una cita en un sitio tan céntrico...

¿Será aquella que viene por allí con el velo echado? Nó, no es; es más baja, y además trae una *adlátere* de aspecto dudoso... no es ella. ¿Qué hora es? La media y cinco; francamente, la puntualidad en estos asuntos es imprescindible.

¡Eh! ¡Quién! ¡Hola, Marcial! (¡Maldito seas!) Aquí... ya ves... esperando á uno... á uno que ha subido á *La Peña;* nó, no puedo ir contigo, lo agradezco; pero esta noche voy al teatro... ¿Mi padre? Tan bueno, gracias ¿Mi tía? En Carabanchel. ¿Por qué no te llegas á verla? Nada, no miro nada. (Pero ¿qué le importará á éste lo que yo miro?) ¿Que á quién espero? Pues á Martín, á Martín Martínez... ¡Ah, sí! ¿Le acabas de

ver en la calle del Príncipe? No, hombre, no puede ser, has visto mal... ¿Un cigarro? No tengo. ¿Un fósforo? Tampoco. ¿Qué me pasa? Nada, hombre, no me pasa nada. ¿No ibas al teatro? Pues ya es hora... ¡Ea, adiós, hijo, adiós!

Hay hombres insoportables. Cien preguntas en tres minutos. Y todavía va volviéndose, á ver si me quedo en el mismo sitio. La verdad es que aquí no estoy bien. No cesan de pasar conocidos. Me van á hacer perder esta ocasión, de seguro.

¡Las nueve menos cuarto!

¿Si no vendrá?

¡Dios mío, si habrá pasado mientras he estado hablando con ese imbécil!...

¡Mi suegra otra vez! A la fotografía... ¡Ah! ¡Qué! (Me cogió.) ¡Hola, mamá ¿Adónde va usted? ¿Yo? Aquí estaba mirando los retratos... Vea usted, vea usted ese... está hablando... es el general Pavía... ¿eh? ¡Qué bien! (¡Las nueve menos diez!) ¿Aquélla? Aquélla es una actriz, una cantante... la Durand... Sí, señora, muy gorda, pero ya ve usted, eso no quita... ¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Que la acompañe? No puedo, mamá; imposible; estoy esperando á un amigo para ir al Bolsín; ya sabe usted, el papel baja, tenemos que vender; es la renta de mis hijos... Váyase usted, mamá; ¿quiere usted que la tome un coche? ¡A ver, cochero! (¡Uf! Mi cochero, que

cree que le llamo!) Nó, no es á tí, nó. ¿Qué dices, hombre? ¡Yo no te he tomado! (¡Vaya usted á hablarle aparte á un hombre que está en un pescante!) ¡Sí, hombre, todo lo que quieras! (¡Ella!) Sí, mamá. (¡Es ella, no hay duda!) Ea, abur. ¡Mamá, por Dios! ¡Me llaman! (¡Es ella, Dios mío!) ¿Qué? ¿Cómo? ¿Anita? ¿Mi mujer? No, mamá, ésa no es mi mujer. ¡Sí, pues sí es! ¡Con quién se ha parado! ¡Hola, Anita! Aquí estaba con mamá... ¡Ah! ¡La Condesa! ¡Señora Condesa!,.. ¡Usted por acá! Mamá, Anita, presento á ustedes á... la... se... ño... ra... Condes... ¡Agua!...

....

....

....

¡¡Dios mío, y yo, que le había dicho á Luisa que era viudo!!...

MANOLÍN

Lo he jurado: ¡no volveré á comer á casa de la Condesa!

Estas palabras, que yo me decía á mí mismo paseando por mi cuarto, meditabundo y preocupado, debieron salirse de mis labios sin notarlo yo, y fueron oídas por mi amigo Carlos, que á la sazón entraba á verme.

—¿Y por qué no has de volver?—me dijo.—¿Se come mal?

—Espléndidamente.

—¿Te has disgustado con nuestra amiga?

—No le debo más que atenciones.

—¿Va allí alguien á quien no quieres ver?

—Todos los comensales son amigos míos.

—Pues ¿por qué no has de volver, grandísimo loco?

—Porque no quiero que me sirva el *groom.*
—¡Ah! ¡Manolín¡ Si es ya todo un criado.
—¡Pues por eso!
—¡Ah!
Y al decir esto, Carlos comprendió todo lo que yo quería decirle, y me dió la razón así que me oyó lo siguiente.

II

Manolín acaba de cumplir ocho años.
A los ocho años, tiene la obligación de estar vestido, desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche, con una chaqueta de paño verde obscuro, toda llena de botones dorados, que parten en dos filas desde la cintura, ensanchándose hacia los hombros. Lleva unos cuellos grandes, almidonados de tal manera, que parecen de piedra, y que le obligan á ir siempre muy derecho, y tal vez le producen ese color tan sano, al parecer, y que yo atribuyo á la sofocación que debe causarle aquel tormento. Lleva un pantalón del mismo color, con vivo encarnado á los costados, y unas botas que deben apretarle, pero que á él le gustan, sin duda porque son de charol, y se las mira de cuando en cuando. Manolín es rubio, tiene los ojos azules, va muy

bien peinado, con su raya en medio y sus cabellos adobados con pomada.

A primera hora de la mañana barre el comedor; ayuda á los criados en las haciendas de la casa, hace recados, y abre la puerta á todo el que llama, porque su puesto es en la antesala.

A la hora de comer, y sin duda como habilidad excepcional, sirve á la mesa en unión del criado; así es que, cuando el criado acaba de servirnos la langosta, Manolín, que está detrás, acude en seguida con la salsa. Cuando el otro presenta las fresas, Manolín trae el azúcar. Cuando el criado está dando la vuelta, con su enorme fuente en la mano, Manolín echa el Burdeos en las copas chicas, ó el agua en las grandes...

Y yo declaro, bajo mi palabra de honor, que me dan ganas de llorar de ver á aquel niño blanco, rubio, sonrosado, á la edad en que es indispensable jugar y reir, siendo criado de tanta gente.

Los niños de la Condesa le piden las cosas con imperio. ¡Manolín, agua! ¡Manolín, pan! ¡Manolín, más dulce!

Y el niño-criado responde siempre:

—¡Voy, señorito! ¡Y aquellos *señoritos* suyos tienen su misma edad!

Cuando la Condesa llama á sus hijos, y éstos no acuden, Manolín es el encargado de ir á buscarlos y decirles que la señora Condesa les lla-

ma; entonces los señoritos dejan sobre la mesa ó sobre la alfombra el caballo de cartón, los soldados de plomo, la pelota de goma y la casa de campo, y Manolín, aprovechando aquel momento en que *los amos* están en el regazo de su madre, se arrodilla en el suelo y forma una patrulla, ó coge la pelota y le da dos rebotes. Yo le sorprendí así no há mucho, y al oirme llegar se levantó asustado, se cuadró como un recluta, y al verme avanzar se dirigió á la puerta y levantó la cortina.

—¡Hola, Manolín—exclamé. — ¿Cómo va por acá?

Y el pobre chico no me contestó, porque estaba cortado.

Cuando la Condesa sale en la berlina, Manolín va en el pescante, al lado del cochero. Él es el encargado de subir las tarjetas á los cuartos donde la Condesa ha de hacer las visitas, y sube y baja á toda prisa, encuadernado entre aquellos dos cuellos tiránicos, que le detienen la sangre en las venas del cuello; es el que entra en las tiendas á decir que saquen tal ó cual cosa al coche, para que su señora compre sin bajar. Abre la portezuela quitándose su diminuto sombrero de copa, y es de ver la gravedad con que recibe los encargos de la ilustre dama que se permite el lujo de un criado tan elegante. Cuando la Condesa va al Retiro y baja á pasear, queda el coche esperándola en la plaza de la In-

dependencia, y en la hora y media de plantón es cuando Manolín pasa las grandes emociones.

Porque en aquella plaza los niños corren y saltan y juegan al toro, y Manolín, desde su pescante, con los brazos cruzados y aguantando el aire sutil de las tardes de invierno, que le pone sus diminutas orejas coloradas como tomates, sigue las peripecias de la corrida infantil, ve al que hace de toro embestir con los toreros de menor edad, y se le pasan ganas de saltar del pescante y bajar y echar un capote; pero el deber le detiene. Manolín ha aprendido lo que es obligación desde los cinco años, ya es viejo en el servicio; hay que esperar que la señora salga y abrir la portezuela de la berlina.

De vuelta á casa, y acabado el servicio del comedor, Manolín pasa á la cocina, donde comen juntos los criados, y allí aprende grandes cosas. Oye todas las blasfemias que la gente de escalera abajo interpola en la conversación familiar. Ve cómo el criado le pasa la mano por cima del hombro á la cocinera. Oye las historias de la señora de Fulano con el señorito mayor de don Zutano. A sus ojos se va descubriendo el mundo como es, y este niño, que debiera estar acostado á las ocho soñando con sus juguetes y sus ilusiones infantiles, aprende, ya lo he dicho, aprende á requebrar, á maldecir, á sisar y á beber vino.

Algunas veces la doncella le dice:

—Anda, Manolín, baja á la tienda y dile al dependiente mayor que mañana iré á la verbena.

Y Manolín baja y da el recado.

Otras veces algún amigo de la Condesa le llama aparte y le dice:

—Manolín, ¿quieres ganarte medio duro?

¡Medio duro! Para Manolín medio duro significa diez días, porque gana 30 reales al mes, y éstos tiene que dárselos á su tío el cochero, que es quien *le ha hecho hombre*, como él dice. Medio duro, que él se podrá guardar, es un capital. Así es que la respuesta no tarda en salir de sus labios.

—Pues toma—dice el caballerito—lleva esta carta á la calle de Tal y trae la respuesta.

Y Manolín va como el rayo, y le hacen entrar en un gabinetito, donde hay una señorita muy bien vestida y muy empolvada, que le dice que es muy guapo y que se espere mientras contesta. Así va conociendo Manolín á muy buenas personas.

Por último, á las diez le dicen que se vaya á la cama.

Manolín no duerme en la casa.

Duerme en la cochera.

Su tío, que le recogió al morir su padre, le da un rincón cerca de los caballos; allí se queda dormido el *groom* que envidian tantas señoras á la

Condesa, que tiene en él una verdadera adquisición, porque escasean mucho estos criados en miniatura.

¡Ah! ¡Qué cosas soñará Manolín!

¡Con qué envídia recordará á los niños que jugaban por la tarde en el paseo! ¡con qué placer gastaría él su medio duro en un sable como el del señorito mayor! !El mismo fué á comprarlo al Bazar de la Unión, para que otro niño más dichoso que él lo disfrutara! ¡Cómo recordará al notar que su cama está dura, lo bien que él ha visto hacerlas arriba!

Porque, no hay duda, Manolín piensa ya y siente como un hombre, y observa que todavía no ha jugado, todavía no ha oído palabras cariñosas, todavía no ha comido lo que sirve á los otros, todavía no ha sido niño, ni espera serlo ya en su vida.

Lo digo y lo repito. No vuelvo á comer allá. Manolín, sirviéndome, me desconsuela. Temo perder un día los estribos y sentarle sobre mis rodillas para que pruebe mi plato favorito.

Ayer, en la mesa, un senador los hablaba muy satisfecho de que se había votado la ley de niños.

—En adelante—decía—los niños hallarán protección, no se les explotará, no serán víctimas de nadie! ¡Manolín, échame agua!

Todo el mundo celebró la novedad, pero na-

die reparó en Manolín, que servía, y á quien yo estuve por decir:

—¡Niño Manuel, en nombre de la ley, siéntate á comer con nosotros!

LA SEGUNDA VEZ

I

La primera vez que un toro cogió á Frascuelo, aquella desgracia fué un acontecimiento en la corte.

La calle donde el héroe popular vivía estuvo interceptada por la multitud dos ó tres días.

La prensa se ocupó de él constantemente. A la puerta de la casa del enfermo había una lista con millares de firmas. La musa popular hizo canciones de pésame. Los autores de cuadros de costumbres se ocuparon aquel invierno del suceso para obtener aplausos. En las estamperías y en los periódicos ilustrados se reprodujo el hecho lamentable mil veces.

Madrid entero tomó parte en la pena.

II

Ha vuelto á ser cogido. Su vida ha peligrado más. Tal vez quede inutilizado.

La calle de la Montera no está interceptada por la multitud. La prensa consigna en breves sueltos el estado del enfermo. No hay lista á la puerta. Se habla poco del lance. Madrid se ha interesado, pero no se ha afligido.

La cogida de Frascuelo no es ya novedad.

El público no gusta de repeticiones. En todos los actos de la vida pública y privada de los pueblos modernos, la *segunda vez* parece ya una costumbre.

Observemos.

III

¡Qué efecto hicieron aquellos primeros dramas de Echegaray!

¡Un ingeniero que hacía versos; un matemático que hacía dramas; un hombre político que cambiaba de escena! ¡Oh! Aquello era tan extraordinario, que produjo un verdadero trastorno.

Su primer drama era terrible; el segundo, más; más aun el tercero. Todo aquel primer año el solo anuncio de un drama suyo era una emoción.

El segundo año Echegaray fué ya un autor; pero no un acontecimiento.

Y tal vez los dramas del segundo año eran mejores que los del primero.

IV

El año pasado una enfermedad mortal se cebó en un amigo mío.

Era un hombre conocidísimo en la buena sociedad de Madrid; un hombre que tenía infinidad de relaciones.

Al primer anuncio de su mal, la puerta de su casa se llenó de coches particulares.

La lista, que la familia leía todas las noches, era interminable; generales, banqueros, empleados, parientes y amigos, todos iban á firmar allí y á darle testimonio de su cariño.

Era voz general que aquel hombre no duraba diez días.

Sus parientes más cercanos eran sus enfermeros. Sus conocidos, los encargados de preguntar al médico el estado del moribundo...

Pero la enfermedad se prolongó mes y medio.

Y al mes y medio los enfermeros acabaron por ponerse malos, y cedieron el puesto á dos interesantes hermanas de la Caridad, que se relevaban cada veinticuatro horas; la lista fué menguando; ya no eran los amigos los que firmaban; sus criados firmaban por ellos; se fué olvidando la gravedad del enfermo, porque llegó una época de fiestas, y las gentes no tenían tiempo para todo: á los dos meses hubo que retirar la lista de la puerta, porque un día llegó á estar en blanco, y el chico del portero se hizo con ella un sombrero de tres picos.

Un caballero que hacía un mes no había ido á preguntar personalmente por su amigo, dijo con asombro en la portería:

—¿Pero aún vive?

Y lo dijo con un tono que significaba: «¡Qué abuso!»

V

Recuerdo la emoción que me produjo una mañana de Septiembre la frase que todo el mundo repetía en Madrid:

—¡Se ha marchado la Reina!

¡La Reina que desde que yo era chico había visto ir á Atocha con su brillante escolta: aque-

lla que habían elevado al trono mis padres á costa de su sangre; la heredera de un trono secular, que rodaba por los suelos!

Y en seguida la revolución, Prím, Serrano, la sublevación federal, la carlista... ¡qué nuevo me parecía todo aquello!

A los tres años desperté otra mañana oyendo pregonar la caída del Rey, á quien llamábamos familiarmente Amadeo... y me volví del otro lado, por más que no pude volver á coger el sueño.

A las cinco una mañana oí ruido de cañones, á los que ya el oído revolucionario se había acostumbrado.—¿Qué es? ¿Qué sucede de nuevo?—Es la República, que se va.—Bueno; tráigame usted el almuerzo.

¿Qué novedad puede haber en todas estas *idas* en un país donde se va todo?

Se llora cuando se despide por primera vez á la madre que se va á los baños; pero se muda uno enfrente de una estación de ferrocarril, y se duerme al arrullo del grito que anuncia cada dos horas la partida de todo el mundo.

VI

¡Qué primer beso aquel de la primera novia, que iba todavía con pantalones!

Creía uno entonces que un beso tenía algo sobrehumano.

¡Qué primer cigarro aquel que nos hemos fumado todos á escondidas del profesor de latín!

¡Y qué malo es ahora el tabaco!

La segunda obra de todo autor celebradísimo parece floja.

El segundo matrimonio suele ser una cencerrada.

Hace pocas noches que se ha arruinado Madrid por ver la primera obra de un teatro que ha de estar abierto seis meses.

El empresario será un sér vulgar el año que viene.

No hay más que una segunda cosa que le agrada á la humanidad, y es la intención, porque cuando es primera, suele ser buena.

LOS TEATROS BARATOS

Vamos á ocuparnos, aunque con la brevedad que requiere el poco espacio de una cuestión muy debatida, y que há tiempo se viene agitando entre los periodistas, los literatos y el público. Esta cuestión se puede presentar en forma de pregunta. ¿Es conveniente ó perjudicial al arte, á la literatura y á la cultura del país, la abundancia de lo que han dado en llamar *teatros de á real?*

Declaremos ante todo que de los 10 ó 12 teatritos que hay en Madrid, sólo conocemos por dentro el de Variedades. Ni siquiera la curiosidad de ver cómo se representan algunas de nuestras comedias nos ha llevado á Romea, Recreo, Martín, Capellanes y la Infantil. Nunca hemos estado en ellos, y en esto nos diferenciamos de los que los anatematizan y los visitan al mismo tiempo. Pero, aunque no los frecuenta-

mos, y aunque estemos conformes en que lo que en algunos de ellos se representa, se canta ó se baila, si es como nos lo han referido, es inmoral y deplorable, no participamos de la opinión que pide la supresión de dichos espectáculos, ni podemos estar conformes con los que ven en ellos un perjuicio para los en que se rinde culto al arte y á la literatura, y una pérdida para los intereses de las empresas de los teatros grandes. Nosotros no tenemos otro capital ni otra renta que la que nos producen nuestras obras en los teatros de primer orden de Madrid, y, sin embargo, no nos creemos perjudicados porque haya teatros pequeños.

La cuestión, aunque parece moral ó mercantil, según quien la discuta, entraña una cuestión política y económica de importancia. Preténdese que no deben existir teatros á los que va el espectador por un real, porque perjudican á los teatros en que la entrada cuesta una peseta: es pedir el privilegio desembozadamente.

Pretender que lo que se representa en dichos teatros es contrario á la moral y debe prohibirse, es caer en esa lamentable equivocación reaccionaria de que el Estado sea maestro y tutor de los ciudadanos, y evitarles lo que ellos mismos, ó sus padres y tutores, si son menores de edad, son los llamados á evitar antes que nadie.

Suponer que el arte y la literatura desmerecen porque haya quien desatine ó desbarre, es

lo mismo que no creer en la existencia de Fortuny, Madrazo, Gisbert, Sanz, Vera, Palmaroli y demás artistas notables contemporáneos, porque hay quien dibuja y vende con profusión pliegos de aleluyas y abanicos de á cuarto: desbarren enhorabuena los autores de cualquier tugurio con pretensiones de teatro, mientras en la casa de al lado escriban dramas los autores del *Tanto por ciento* y de *Venganza catalana*. También se dijo que los Bufos eran la perversión del arte, y su aparición coincidió con el éxito de grandes dramas, que la opinión celebra todavía.

Creer, en fin, que la excesiva baratura de las localidades en esos teatros es la muerte de los teatros grandes, es un error que no necesitamos demostrar, y mucho menos en la temporada presente.

No hace muchas noches que, reunidos á última hora varios amigos que habían ido á teatros distintos, contaban todos que el teatro por cada cual escogido aquella noche estaba lleno. Lleno el teatro Real, donde habían cantado Nicolini, Roudil y David *La Africana*. Lleno el teatro Español, donde se había ejecutado muy bien un hermoso drama de Fernández y González. De bote en bote el Circo, donde el público había ido á admirar una vez más *La Vida es sueño*, admirablemente interpretada. Lleno Apolo (á quien nadie auguraba entradas hace poco), para oir una zarzuela popularísima de Eguilaz, cantada

por notables artistas. Llleno el de la Zarzuela, donde se hacía una graciosa zarzuela, que al público le divierte siempre. Lleno Variedades, porque al publico le deleitan Luján y Vallés en su variado y cómico repertorio; llenos, en fin, Martín y Romea, y el Recreo y Capellanes, porque en uno hacían algo nuevo, en otro algo aplaudido, y en otro se bailaba una cosa que tiene sus partidarios. ¿Quién perjudicó á quién aquella noche?

El público acude *siempre* á oir lo que le gusta, cueste lo que cueste. Cada espectador va donde se hace lo que á él le agrada. No consiste la concurrencia en la baratura ni en los géneros; y, por último, el pueblo español se gasta siempre la última peseta en divertirse. Sucede con esto lo que con los libros: vociferan los libreros contra el primero de ellos que vendió libros á peseta, y aseguran que esto fué la ruina de las librerías. No hace mucho que se agotó la edición del *Sombrero de tres picos*, libro de pocas páginas, que cuesta 10 reales. *El Cronicón de Huelin* se agotó al desusado precio de 28 reales ejemplar. De la *Venganza catalana*, que no tiene 80 páginas, se han vendido 9 ediciones á 8 reales comedia. Lo que es bueno se vende siempre.

Dicen los empresarios de grandes teatros: el público que va por un real á butaca, no quiere venir por 6 reales á un anfiteatro. Error manifiesto. Ese público ha llenado treinta y nueve

noches los anfiteatros del teatro Español, hace dos años, para oir con verdadero placer *La Vida es sueño*. Ese público ha invadido las galerías del teatro de Jovellanos noventa noches para oir un drama lírico romanesco en armonía con sus aficiones. Ese público hace durar las comedias de costumbres veinte y treinta noches seguidas, porque para el público, como para el escritor francés, todos los géneros son buenos menos el género fastidioso.

Pero se nos dirá (porque ésta es observación muy corriente) que llamamos *público* á lo que no lo es por completo. Los que declaman contra la multiplicidad de los espectáculos á que nos referimos, sostienen que no es el mismo público el de Capellanes que el del Español, ni el de Variedades que el de la Infantil; y añaden que los muchos teatros han dividido en *castas* al público, dividiéndolo en pobres y ricos; pobres los que no pueden gastar más que un real en Martín, y ricos los que gastan 18 en el clásico teatro de la calle del Príncipe.

Pudiéramos combatir esta opinión, porque solemos ver á las mismas personas en los primeros turnos de la Opera ó Apolo, en los *lunes* del Español, en los estrenos de la Zarzuela, y los demás días en Eslava ó en Variedades. Pero ¿se quiere suponer que es sólo el *pueblo* el que va á los teatros baratos? ¿Se quiere aprovechar esta circunstancia para probar que se infiltra en

el pueblo el mal gusto y la inmoralidad oyendo piezas más ó menos discretas, más ó menos *morales*? Pues esto va á servirnos para demostrar lo que hay de más importante en la cuestión. Ventaja que para el espectador y para las letras hay en la asistencia del pueblo al teatro.

Principiemos por observar que desde que existen esos teatros á bajos precios va al teatro un número muy considerable de personas que antes no iba, porque no podía repartir su dinero entre lo necesario y lo supérfluo. Que oyen sandeces. Vale más que si oyeran sandeces políticas en el *club* ó maldiciones y blasfemias en la taberna. ¿Será más brutal esta diversión que la taurómaca, que es, aparte de su ferocidad, mucho más cara? Que se baila el can-can y van á verlo, y esto les perjudica. También se baila la *Zarabanda* en tiempo de los Felipes de Austria y en medio de una sociedad de frailes y devotos, y no se perdió por eso el Portugal ni la Flandes; que otras más hondas causas hubo para ello. Y, sobre todo, aquél á quien repugne el can-can, que no lo vea. La afición al teatro, que en nuestro pueblo es tradicional, se hubiera ido perdiendo por completo, dada la escasez de buenos cómicos que en los grandes teatros hay, y la forzosa necesidad en que una empresa se ve de poner altos precios á las localidades en el momento en que cualquier mediano actor exige un alto sueldo, á no haberse presentado enfrente de

la especulación en grande, la especulación en pequeño; la facilidad en el precio ha traído dos ventajas: primera, fomentar la afición del público, que no podía permitirse el lujo de oir una buena comedia pagando lo que no tenía; segunda, dar benevolencia al público para con los actores, porque el público no exige grandes méritos al cómico que le divierte por tan exiguo precio.

Observemos, además, que aquí, donde mientras hubo Conservatorio apenas salieron de él media docena de actores *notables*, desde el momento en que se suprimió comenzaron á salir actores *regulares* por todas partes; la propia iniciativa, como sucede siempre, ha dado más resultado que la protección oficial. De los teatros pequeños han salido algunos actores, á quienes nadie ha enseñado á declamar, y que, á fuerza de estudiar la manera de agradar á las gentes, han llegado á merecer el favor del público por completo. Nosotros hemos visto representar algunas piezas en el teatro de Variedades con notable perfección, y cuando hemos pedido datos de aquellos actores, hemos averiguado que el uno era no há mucho menestral, el otro aficionado, el otro comenzó á hacer papeles insignificantes en el teatro que llamaban de la *Flor Baja*, y ahora hacen comedias, y las hacen muy bien; y trabajan una noche, por ejemplo, en unión de Catalina y de Vico, que vienen de

los teatros grandes á tomar parte en un beneficio, por hacer un favor, y en la ejecución no se distinguen gran cosa los favorecedores de los favorecidos. «De estos *teatruchos*, nos decía una noche nuestro querido amigo Florentino Sanz, saldría ùn teatro nacional dentro de algunos años.—Es que aquí, le respondimos, hay menos vanidad, más entusiasmo, y cada cual hace lo que sabe.»

No hay, pues, que dudarlo, ni que exagerar las cosas. Los teatros pequeños podrán no ser útiles, pero no son perjudiciales. Cumplan con su misión, que es facilitar á todas las clases sociales un medio de diversión y entretenimiento; y si en algunos casos esta diversión es obscena ó anti-literaria, será porque en la viña del Señor hay de todo, y porque en las grandes capitales, como en las aldeas, hay siempre gente aficionada á lo bueno y á lo malo. Que no existe razón para pedir la supresión de estos teatros, está fuera de duda para los que como nosotros opinen; que la opinión pública es el supremo magistrado en asuntos de inmoralidad, y que dentro de un sistema liberal, sea conservador ó radicalísimo, no hay ley posible para evitar que el ciudadano haga de su conciencia lo que mejor le parezca, dado que es suya. Si alguno de esos teatritos ofende á las costumbres, morirá, como han muerto, con absoluta libertad de imprenta, los periódicos procaces ó demagógicos; como

han muerto siempre, con absoluta represión, las monarquías sin pudor, ó con absoluta libertad, las revoluciones inmorales; de una muerte que no sentencia el tribunal ni ejecuta ningún verdugo: del desprecio público.

¡Pero ya se ve! los españoles nos pasamos la vida dando importancia á lo que no la tiene y negándosela á lo que la tiene realmente; á veces un asunto baladí ocupa diez días la atención pública, y un suceso trascendental es objeto de broma. No se ha discutido tanto la solución verdadera de una situación política como se discutió el género bufo, que, después de todo, vivió por la misma importancia que se empeñaron en darle los padres graves del arte.

La cosa más trivial produce siempre acaloradas discusiones, y hace pocos días que obtuvo la preferencia sobre todos los sucesos políticos del momento la personalidad de Frascuelo.

Los empresarios, los autores, la prensa misma han dado en la manía de que al público se le estraga el gusto en los teatritos pequeños, y de que quitan gente á los teatros grandes; y por lo mismo que la cuestión no es para desatendida, queremos terminar estas observaciones con una final, esencialmente práctica.

Antes—hace ya algunos años—los teatros grandes ofrecían al espectador un movimiento literario y una sucesión de emociones gratas, que se han ido perdiendo poco á poco. Ventura

de la Vega, Zorrilla, Bretón, Rubí, Ayala, Tamayo, Serra, eran contínuamente objeto de la atención del público; se estrenaban muchas obras y buenas; las interpretaban Romea, Valero, Arjona, Calvo, Matilde, Teodora, Bárbara, la Llorente, Guzmán, Sobrado, Cubas... Las localidades costaban la tercera parte que ahora, y el público oía con gusto siempre lo que oía.

Ahora la mayor parte de aquellos autores no existen; los demás ocupan posiciones oficiales ó se han alejado del teatro, que, no lo dude el lector, produce muchas amarguras; los cómicos, por buenos que sean, no son mejores que sus *antepasados;* la localidad vale tres veces más... y de éxito á éxito se pasan á veces meses, años, y en los intérvalos de *atonía literaria* el público no acude, y se distrae por ahí viendo el repertorio cómico que le divierte en los teatros pequeños con bien poco desembolso. En esos intérvalos es cuando se acude siempre á la queja obligada. «Los teatros-cafés han matado el arte; las piezas á real han arruinado á las empresas...»

Y entretanto la buena sociedad madrileña ha hecho su días de moda en Eslava y en Variedades.

Abril de 1874.

EL LIBRO DE SEÑAS

I

Entre las costumbres de la vida moderna considero yo utilísima la del *Libro de señas*, y hace pocos años comencé á formar el mío.

En él figuraban, y figuran aún, doscientas ó trescientas personas, á quienes trato con más ó menos intimidad, y con las cuales cambio las tarjetas muy á menudo.

Hay allí de toda casta de pájaros, y no puede menos de ser así.

Yo comprendo que en el libro de señas de un duque no haya más nombres que los de aquellas personas con quienes el magnate debe tratarse; del mismo modo que en el *carnet de bal* de una señorita no puede haber más apellidos que los de los muchachos que han de bailar el vals ó el rigodón con ella.

Pero en el gran baile de la vida, un escritor hace pareja con todo el mundo; y por eso en mi libro, que ha ido formándose poco á poco, figuran en amable confusión compañeros de letras y compañeros de viaje; títulos de Castilla y editores de novelas; directores de periódicos y señoras que reciben un día á la semana; políticos y actores; acreedores y deudores; empresarios y comerciantes; críticos y autores; banqueros y puntos; abogados y pintores; médicos y enfermos; prestamistas y séres humanos.

Es un libro curioso el mío; vénse allí juntos el amigo de la infancia y el conocido del día anterior; dos enemigos mortales que viven en la misma calle; un negro que habita en la calle del Rubio; un trapisondista que vive en *su hotel*; muchos poetas que ocupan cuartos terceros, y algunos madrileños que se ven en todas partes, y que, según mi libro, no viven en ninguna.

Pero esto no importa para probar la utilidad de una colección semejante. Con ella, cuando quiero escribir ó visitar á alguien, no necesito acudir á sus parientes ó amigos....

Tiene, sin embargo, un inconveniente el *Libro de señas*.

Hay que repasarlo de cuando en cuando, porque las gentes no se eternizan en las casas. Cambian de domicilio, nos lo avisan por medio de tarjetas, en que nos ofrecen el nuevo, ó lo sabemos por tercera persona.

Por eso ayer, al repasar mi preciosa colección, encontré en ella tantas variaciones, mejor dicho, vi que era necesario hacerle tantas, que, lo confieso con pena, diéronme ganas de arrojarlo por la ventana.

Mi libro me hizo pensar en la instabilidad de las cosas humanas y en lo deleznable de las humanas glorias.

Esto pensaba yo pasando las hojas:

II

—¡Válgame Dios! ¿Pues no dice aquí que Fernando Q*** vive calle de la Ruda, núm. 13 cuarto cuarto?

¡Esto hace cinco años!

Fernando era entonces un sér vulgar; esperaba un cambio de cosas con la impaciencia del que tiene hambre; por fin le dieron un puesto oficial; comenzó á figurar su nombre en los periódicos, hoy es director de no sé qué, vive en la calle de Alcalá, número tantos, cuarto principal... *¡Sic ictur ad astra*! cuarenta mil reales de alquiler de casa, por más que el sueldo no pase de cincuenta mil... ¡Qué ha de vivir este hombre en la calle de la Ruda! ¡Eso era antes!

Y le enmendé las señas.

A los cuatro ó seis renglones encontré el nom-

bre de un primo suyo, que vivía entonces en la calle del Príncipe, en un cuarto magnífico, y hoy según me asegura el mismo acreedor que le vendió el mobiliario, vive en una casa de huéspedes de la calle de Tudescos. Verdad es que este segundo amigo quedó cesante al subir el otro, y es sabido que en los asaltos el botín no dura más de lo que dura el saqueo.

III

La generala X*** vivía hace seis años en el paseo de Recoletos, donde recibía casi todas las noches á una porción de amigos que admirábamos su *todavía* y la hermosura de sus dos hijas.

En mi libro no figuraba entonces más que el nombre de la generala viuda. Cuatro años hará que sus hijas se casaron con dos militares. Hubo que añadir á las señas del domicilio de la mamá el de las dos nuevas señoras y de sus maridos. Hoy aquellas señas están equivocadas ya. Una de las hijas vive viuda en Vergara; la otra... en el convento de Don Juan de Alarcón. Los maridos... he tenido que suprimirlos, porque los dos están enterrados en la sima de Iguzquiza.

Al lado de sus nombres figura el de un cabe-

cilla carlista, que es nuevo huésped de mi libro, porque antes no vivía en Madrid y ahora sí.

Habita casi al lado del ministerio de la Guerra.

VI

Don Fulano de Tal, *banquero,* dice en el principio de una página.

¡Banquero! Así se llamaba él cuando yo le conocí en la calle del Caballero de Gracia. Así le llamábamos todos los que nos sentábamos á su mesa. ¡Qué hombre aquél! Todo lo comprendía, todo lo convertía en negocio. Carreteras, minas, ferro-carriles, tranvías, canales, cuanto se puede hacer dentro de la influencia oficial, lo hacía. Los periódicos hablaban de él con admiración, prodigaba limosnas cuantiosas, daba grandes bailes, y nos aseguraba que los primeros capitalistas de este país eran unos pobrecillos sin iniciativa propias y sin condiciones para dejar un nombre á la admiración de las generaciones venideras.

Pero de pronto aquel hombre comenzó á prescindir un poco de sus relaciones, él, que aseguraba que el primer capital eran los amigos: yo no supe de él en un año; algunos comerciantes me dijeron que los negocios de mi anfitrión no iban bien; ayer oí una historia que no

se puede contar, pero que el lector comprenderá cuando le diga que tuve que poner en mi libro de señas:

«Don Fulano de Tal, ex-banquero—Presidio de Alcalá.»

V

¡Bien haya el que prospera! decía yo sonriendo y enmendando las señas de varios ex-inquilinos de cuartos altos.

Un actor convertido en empresario; un usurero trasformado en rico; una pastelera hecha marquesa. Estos tres individuos prueban que hay tres cosas con las que indudablemente se hace dinero. El trabajo honrado, el saqueo manso y la hermosura en escaparate.

El industrial constante, el prestamista implacable, la buena moza que vende á dos carrillos. Como si dijéramos: ¡Mundo, demonio y carne.

En cambio, este pobre Don Pedro Mártir Etcétera, andaluz de nacimiento, trabajador de profesión, que ha sido en doce años empleado, corredor de número, representante de un teatro, interventor de ferro-carriles, comisionista de vinos y almacenista de papeles pintados, he de borrarle porque se ha muerto la semana pasada, según los médicos, de una afección al híga-

do; según mis cálculos, de cansado de la vida; porque también hay quien se pasa la existencia buscando en las especulaciones humanas ese millón con que han soñado casi todos los españoles activos y que no suele estar en ninguna parte.

IV

¿Qué debemos pensar de los que en mi libro han cambiado de profesión?

¿Sabe acaso el hombre lo que será mañana? ¿Acaso es ya la carrera lo que decide del porvenir del hombre moderno?

Fulano era ingeniero ayer, hoy es autor dramático. Zutano era actor, y hoy es cónsul en Génova. Mengano era hace seis años fabricante de camas de hierro, y hoy es agente de Bolsa. Éste, que figuraba ayer como médico, es hoy director de un periódico reformista. Aquél, cuyo apellido tiene en mi libro el aditamento de *capitán de infantería,* es hoy marqués de Damaseca por haberse casado con un una horrible vieja, que tiene diez títulos y otros tantos achaques.

¡Y todo esto en seis años!

Los mismos que han bastado para que el Conde de***, un noble á la antigua, que rene-

gaba de la empleomanía, de los gobiernos y de las personas que no se estiman, haya venido á parar, por obra de una soprano y de la tercera docena de la ruleta, á ser en mi libro, no ya el conde de Tal, sino *D. Angel Pérez de Barrientos, auxiliar de loterías, Perro, 5, segundo interior.* ¡Oh! *Indocti discant et ament meminisse periti,* como dijo quien pudo.

El libro de señas, lo repito con pena, constituye una enseñanza terrible.

Se ve por él que los más han venido á menos, y que los que han ido á más han ido demasiado pronto.

Y se ve algo más doloroso que me obliga á cerrar el libro con amargura, sin hacer en él todas las enmiendas proyectadas. Los que valen, habitan lejos, en pobres casas, en apartadas calles; los necios existen; los que honraban á su país, casi todos han muerto.

En cuanto á las mujeres... las que en estos últimos años no se han casado han sido infelices. Las que se casaron lo son ya. Las viudas andan cerca, en mi libro, de los libertinos y de los maldicientes; es decir, que en todo caso figuran como desgraciadas.

Tiene también el libro su lado cómico, porque donde no hay señas hay indicaciones.

En un renglón de la última página dice:

«Don Severo Iglesias, profesor de religión y moral. Dará razón en la Cantina Americana.»

VIDA, PASION Y MUERTE

DE UNA COMEDIA

Hay asuntos de los cuales se habla solamente al rededor de la mesa de un café, ó al amor del fuego de la chimenea del Casino, ó en los bastidores de los teatros.

De estos asuntos conviene hablarle al público, porque al público se refieren.

Cuando el corresponsal en París de *La Ilustración* envía, por ejemplo, un ameno artículo contando la organización de la policía, las costumbres de las loretas, la vida de la prensa, esto le parece al público muy curioso; y si, al celebrar la narración cuatro lectores, suelen decir: «Ya se ve, en París suceden tantas cosas, que se puede hacer cada día un artículo lleno de curiosidades». En Madrid suceden también muchas cosas, de las que no se habla en la prensa, y

que son desconocidas para una gran parte del público.

Por ejemplo, y circunscribiéndome á hablar de lo que conozco un poco á fondo, ¿no pudiera ser curiosa para muchos lectores la historia de toda comedia, desde que el autor la escribe hasta que se representa por primera vez?

La verdad es que el público va al despacho, compra su billete, oye una comedia, la silba ó la aplaude, y desde aquel momento la conoce y juzga; pero ¿y antes?

¿Sabe el público las vicisitudes por que han pasado aquellos tres actos hasta estar *en sazón* de ser oídos, aplaudidos ó silbados?

Mi conversación de hoy versará sobre esto.



El autor dramático español piensa su obra, la escribe y la presenta á la Empresa que ha de ponerla en escena. El número de obras dramáticas presentadas en cada temporada á los teatros de Madrid es tan grande, que el lector supondrá tal vez que exageramos al decirle que algunos años hemos llevado la cuenta de las presentadas á la Empresa del teatro Español y pa-

san de *doscientas* las que en una sola temporada recibió el empresario. Calculando que suceda, poco más ó menos, lo mismo en los demás teatros, y con tomarse el trabajo de contar las obras que se estrenan al cabo de la temporada en todos los teatros abiertos en la actualidad en Madrid, el cálculo arroja una suma por lo menos diez veces mayor que la que arroja el mismo cálculo en París, por ejemplo. Hay, pues, en España un *exceso de literatura*, si se nos permite la frase, que, si no otra cosa, prueba diez veces más actividad literaria que en cualquier otro país.

Las empresas, antes de poner una obra en escena, tienen forzosamente que leerla, por más que muchas veces la firma del autor sea para ella una garantía de éxito.

Sobre esto habría mucho que hablar, y el lector pensará, como nosotros, que no hay tribunal posible para juzgar de los resultados de una obra literaria cuyo éxito depende del juicio de la multitud.

El autor dice, por ejemplo, al empresario: «Aquí traigo esta comedia, que me parece digna de la representación.» La empresa la lee, y dice, verbigracia: «No pongo esta comedia porque temo que no me dé resultado.» ¿Quién tiene razón? ¿la Empresa ó el autor? Los dos, y ninguno. Una de las peores situaciones que conozco es la del autor que se ve en el caso de llevar su primera obra á un teatro. Las obras de arte

las ha de juzgar el público, porque, como veremos más adelante, en el teatro todo el mundo se equivoca al juzgar de antemano. Los comités, los jurados, cuanto se intente en este sentido es vano. Toda la literatura de Madrid celebró *La Muerte de César*, de Ventura de la Vega, que el público acogió friamente. La Empresa y los actores que pusieron en escena *La Campana de la Almudaina*, de Palau, creían que no duraría dos noches.

Pero esta primera amargura del autor es inevitable. Todo empresario es, antes que literato ó artista, un especulador, que necesita contar con grandes probabilidades de éxito al ofrecer al público una obra que, si es desairada, trae un descrédito sobre *la casa*. Por eso el empresario prefiere siempre la obra de un autor ya aplaudido, que es la eterna fórmula del crédito, ó una obra que, por ser de condiciones parecidas á otra que gustó, *no tenga peligro*, como se dice de telón adentro, ó una obra, en fin, que llegue con la opinión favorable de alguna persona conocedora ó *práctica* en materia de arte dramático, etc., etc.

Otras veces sucede que tal comedia, bien escrita, con todas las condiciones apetecibles, y que pudiera ser la obra de la temporada, no se pone en escena, porque la Empresa, entre el fárrago de mamotretos que recibe constantemente, no ha tenido tiempo de leerla; en el tea-

tro, como en los demás asuntos de la vida, la suerte entra por mucho.

*
* *

Ya admitida por la Empresa la obra ..

Pero digamos antes las dificultades que puede haber para admitirla, aunque á la Empresa le parezca inmejorable como obra literaria.

La obra que el público ve constantemente en los teatros tienen *irremediablemente*, porque si los autores no las escriben así, los empresarios, que por lo general son actores, no las harían; tienen, repetimos, un *reparto* tradicional, á la antigua española. Su dama, su galán, su dama joven, su característica ó su *barba* y su gracioso.

Si la dama no tiene *un buen papel;* si el galán no hace un papel simpático ó largo (porque generalmente nuestros actores aprecian los papeles al peso), es casi seguro que la comedia se *estancará* en el cajón de mesa del empresario.

He visto muchísimos casos de *desahucio* de una obra por una Empresa, porque el papel de la primera dama y el de la segunda, por ejemplo, eran de la misma importancia. Los autores son como los empleados públicos, que prefieren *perder en sueldo* con tal de no perder *en categoría*.

He visto asimismo muchos casos de negarse á hacer tal ó cual actor un papel porque representaba un traidor, un bribón, un cobarde, un tipo ridículo y despreciable. Lo importante es hacer buenos mozos, reyes, emperadores, conquistadores; ¡hasta las coronas de cartón embriagan!

El autor dramático, pues, si quiere vivir de las letras y *tener el honor* de que la Empresa y los actores se ocupen de él necesita pensar, no la obra que él tenía en la cabeza antes de hacer el reparto, sino el reparto que ha de tener la obra. Esta tiranía, violenta é insoportable como todas las tiranías, es tortura del ingenio, cortapisa del talento, traba del arte y riesgo constante, que la crítica no puede ni debe tener en cuenta cuando tacha, con razón, de vulgares, obras que se han escrito con pie forzado.

Pero hemos dado por supuesto que la comedia reúne todas las condiciones y que la empresa la ha dado por buena.

*
* *

El autor recibe aviso para ir una mañana á lo que se llama *pase de papeles.*

El pase de papeles ó lectura es el acto de leer

el autor su obra á los actores que han de representarla.

Es regla general que cuando á dichos actores les produce gran entusiasmo la obra, ésta no le gusta luego al público, y vice-versa.

Podría citar tantos casos, que haría este capítulo interminable; me concretaré á declarar que, después de haber dado á los teatros cincuenta y una obras dramáticas, de las cuales el público me ha desaprobado algunas, sé casi á punto fijo si mi obra gustará ó no, según la impresión que reciben mis actores, y que aprecio completamente al contrario.



Una comedia se ensaya, por término medio, ocho ó diez días, plazo suficiente para que la primera representación sea un ensayo más; pero, dada la frecuente renovación de obras que exige una población de trescientas mil almas y doce teatros, con poco movimiento de viajeros, no es posible perder mucho tiempo en ensayos, como no es posible hacer durar muchos días las representaciones de una misma obra.

Los ensayos se hacen *á la mesa, al agujero* y *generales*. El ensayo á la mesa consiste en leer el

actor su papel delante de una mesa, á la que está sentado el apuntador, con el objeto de que el actor vaya acostumbrándose á la palabra que ha de repetir luego á mayor distancia del que las apunta. Estos ensayos duran dos ó tres días, y la comedia pasa *al agujero*, es decir, á la concha del apuntador. Ya colocado éste en la concha, se ensaya durante dos ó tres días la obra, no solamente repitiendo el actor las frases, sino ensayando la colocación de cada personaje, variaciones, entradas y salidas.

En el ensayo general, por fin, se ensaya la obra con las decoraciones y objetos que han de usarse en ella.

El actor sólo tiene obligación de vestirse como el papel exige; todo objeto, papel, carta, moneda, maleta, etcétera, que haya de usarse, dar ó tomar en la escena, ha de dársela el empleado de la empresa, llamado *guardarropa* en el lenguaje técnico.

Los trajes de uniforme son siempre de cuenta de la Empresa.

* * *

Durante los ensayos se hace el *guión*, que es una nota que lleva escrita el *segundo apunte* ó apuntador del interior del teatro para calcular

el tiempo y punto de salida á la escena de cada actor. Este segundo apunte es el que va al cuarto de cada actor á llamarle para salir á la escena cuando le corresponde, y el que da la voz de «*prevenido*» cuando falta muy poco para que el actor salga, con el objeto de que no se distraiga, y la de «*fuera*» cuando es llegado el momento preciso de salir. Este mismo empleado es el que entrega al actor los objetos ó papeles que deba llevar sobre sí.

El autor ensaya su obra; pero hay en los teatros un director de escena, que es el que lleva, como si dijéramos, la voz cantante. Esta invención es un pretexto para que la natural vanidad del actor no se resienta si el autor le hace observaciones. Habiendo un director, como si dijéramos *oficial*, la observación del autor va de éste al director, y del director al actor, puerilidad por que saltan muchos autores, diciendo desde luego á los intérpretes de la obra lo que les parece. Suelen hacerse, sin embargo, estas observaciones en voz baja y llamando aparte al actor, porque no conste que se le ha enmendado la plana en voz alta y delante de los demás. A pesar de todo esto, las observaciones hechas por el autor al cómico son casi siempre inútiles, porque el actor español cree siempre que lo sabe todo, y como se proponga decir una frase como él se la ha imaginado, la dirá del mismo modo desde el primer ensayo hasta el último, ó

bien fingirá complacer al autor diciéndola como éste le *suplica,* y al llegar la primera representación la dirá como le diere la gana.

Por eso nosotros hemos adoptado el sistema de ver un par de ensayos de nuestras obras; al tercero ya nos hemos convencido de que el comediante dirá *su* comedia, y no la nuestra; al cuarto dejamos de oir, y ya no vemos ninguno, echándolo á broma cuando nos preguntan la causa, y diciendo que nos hemos levantado tarde aquel día.

*
* *

Ya la obra ensayada, pónese en escena.

Los actores, y en esto nos ponemos de su parte, estrenan siempre las obras con miedo terrible, miedo muy natural si se considera que cuando las obras fracasan el autor oye la *grita* desde dentro, ó no la oye, porque se va á su casa ó porque no ha ido al teatro, mientras que el actor se ve obligado á sufrir las descargas de mal humor del público *cara á cara y frente á frente,* sin que pueda decir *ahora vuelvo* y suspender la ejecución de su papel.

Las preocupaciones de cada actor darían motivo á apuntes muy curiosos. Los artistas de

más talento y que más años llevan en el teatro suelen ser á veces los más medrosos. La eminente Teodora Lamadrid, cuyo inmenso talento y autoridad para con el público son siempre una garantía de respeto, llega hasta á ponerse enferma de terror cuando estrena un drama. En cambio Matilde Díez, con su temperamento de hierro y su voz convincente y su poderosa iniciativa, es tan valerosa, que da ánimos al que no los tiene. Aprovechemos estas observaciones para consagrar un recuerdo de gratitud á estas dos grandes artistas, que tan poderosamente nos han ayudado en nuestra penosa carrera.

Mario no estrena nada sin santiguarse al hacer su primera salida. Catalina fuma sin saberlo, y devora cigarros repitiendo la primera frase. Mariano Fernández se pasea por el forillo hablando solo. ¡Qué imponente es la presencia del público, juez terrible, inexorable, tremendo, que ignora ó no recuerda en tales noches la vida y la salud que nos consume mientras se divierte!



La comedia representada gusta ó disgusta al auditorio. En el primer caso, los resultados son buenos para todos. La Empresa puede asegurar

sus gastos de todo el año con un éxito grande. Los actores pueden contar con el porvenir. El autor halla, aparte de la gloria conquistada, la recompensa de su trabajo.

Esta recompensa es la siguiente. El veinte por ciento del total del ingreso las tres primeras noches. El diez por ciento todas las demás que la obra se represente en Madrid. Estos *honorarios* no son los mismos en los teatros de provincias, para los que hay establecida una tarifa, según la cual y el *orden* de los teatros (pues se consideran de primero, segundo y tercero) las Empresas abonan un tanto alzado por cada representación.

Hízose esta ley de propiedad literaria dramática por el inolvidable Conde de San Luis, á quien la juventud literaria debe sus ventajas actuales. Cuando se piensa que las mejores comedias de Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Zorrilla, Rubí y otros de nuestros más aplaudidos autores, escritas con anterioridad á dicha ley, fueron vendidas por sus autores en veinte ó treinta duros á editores ó particulares que las han explotado y explotan todavía, habiéndose enriquecido con esta industria, no se puede menos de rendir un tributo de gratitud al hombre de Estado que aseguró para los que rinden culto á las letras la posición social y las comodidades de la vida.

A pesar de eso, las obras dramáticas se ven-

den hoy como entonces, aunque á más alto precio. Los autores no somos muy conservadores, y la facilidad en hallar fondos sobre un trabajo que generalmente es producto fácil del ingenio, suele enriquecer á la ignorancia á costa del desprendimiento.

Editor hay de éstos que adelantan dinero al autor necesitado ó enfermo, ó pródigo, porque nunca fué el genio avaro, y que ha llegado á hacer una fortuna con media docena de obras dramáticas adquiridas en ocasiones de apuro de los autores. Sesenta ó setenta mil reales anuales produce de renta el *Don Juan Tenorio,* de Zorrilla, autor de sesenta años, á quien, á más de su genio, hará siempre respetable su posición humilde. Nosotros hemos vendido hace catorce años en mil reales una pieza para pagar el entierro de una hermana, y esta pieza dicen que ha producido á su dueño más de siete mil duros. Si los banqueros reflexionáran un poco, en vez de bonos ó de tres por ciento consolidado, comprarían comedias aprovechando necesidades.

Pero no se den por aludidos los editores de comedias ni por censurados. Serían muy bobos si dejáran perder las ocasiones, y en todo negocio no hay más que una parte gananciosa.

*
* *

Veinte representaciones de una comedia producen en Madrid próximamente de quince á veinte mil reales. Estos veinte mil reales abultan de tal manera en la imaginación del público, que se centuplican en todas las enhorabuenas y conversaciones del público con el autor. Y sin embargo, el público no recuerda que el trabajo del autor dramático, es tan duro, tan largo y de resultado tan inseguro y expuesto. ¡No calcula que sin el autor no habría ni comedia, ni actores, ni empresa, ni nada! Y hay algo peor todavía. Las comedias las escriben muy pocos y las puede juzgar como crítico... cualquiera.

NO HAY TIEMPO DE NADA

PRÓLOGO

¡CUANDO se vive en medio de la buena sociedad, no hay tiempo de nada!

Y si no, que se lo pregunten á mi pobre amiga la señora de Andreu, una rubia preciosa, sin la cual los paseos no tendrían sol, y los salones no tendrían luces, según la felíz expresión de uno de nuestros más ocurrentes cronistas.

Esta mujer de moda, viuda de un banquero octogenario que se murió de tanto quererla, es el alma de nuestros círculos. Y para que nada falte á su felicidad, tiene una niña encantadora, que cumplía seis años el día nueve de Octubre...

Pero nó; mi relación no va bien así; hecha de este modo no tendría interés, y voy á comenzarla de nuevo.

I

Una esquelita diminuta me avisó el día 9 de Octubre que la señora de Andreu me esperaba á almorzar.

Acudí con puntualidad inglesa. Ya estaban allí el general su cuñado, el gobernador su primo, sus amigas las niñas de la Condesa, que acaban de salir del Sagrado Corazón, y parece que allí han aprendido á mirar de reojo y á murmurar de sus mayores...

Mi intimidad en la casa me permitió sorprenderme de que Eloisita no se sentara á la mesa.

—¿Eloisa?—dijo su madre. La tengo mala.

—¿Qué tiene?—preguntamos todos.

—Estuvo ayer tarde en el teatro con su nodriza, salió desabrigada y tiene un catarro terrible. Esto me tiene inquietísima. Recomiendo á ustedes este salmón, que me han enviado de la Coruña.

Almorzamos opíparamente. Mientras sirvieron el café yo me escurrí silenciosamente y me fuí á ver á Eloisa.

Su respiración era tan fatigosa, que me puso en cuidado. Estaba á la cabecera de la cama una doncella que tenía cogida por los pies una

muñeca *incansable*, y se la enseñaba á la enferma, diciéndole que era una Duquesa que venía á visitarla.

—Vea usted, señora Duquesa, vea usted á la señorita Eloisa, que está malita,—decía la doncella, y acercaba el rostro de la muñeca al de la niña. Un besito á la señora Duquesa; ¿cómo está usted señorita Eloisa?

La niña sonreía, pero no decía nada. Se le oía un ruido en el pecho, á manera de continuado ronquido, que me obligó á preguntar.

—¿La ha visto el médico?

—Sí, señor,—respondió la enfermera,—y ha dicho que vendrá á las dos.

Volví al comedor.

II

La señora de Andreu estaba diciendo á las niñas del Corazón-Sagrado.

—¡Si no hay tiempo de nada! Figúrate que ahora, así que tome el café, tengo que dejar á estos señores por dueños de la casa y marcharme corriendo á las Carboneras...

—¿A las Carboneras? — observé yo; — ¡se va usted á poner perdida!

—¡Ah *judío!* — exclamó sonriendo mi amiga. Las Carboneras es un convento de monjas que hay en la plazuela del Conde de Miranda. Hay allí hoy una función que costea la cofradía de*** (aquí el nombre de la cofradía), y tengo que pedir de una á dos para los pobres.

El General ofreció ir á echar cinco duros en la bandeja.

—Después, continuó la señora de Andreu, he de ir á buscar á mi prima Tránsito, que ha llegado ayer de Granada, y no puedo dejar de enseñarle el Retiro y el Hipódromo; también tendré que llevarla á los toros, y luego devolvérsela á su marido, que, como diputado nuevo, estará toda la santa tarde en el salón de Conferencias. Pues luego estoy convidada á comer en Palacio; ya ves, con la niña enferma; pero ¿quién se excusa á una cosa así? Y acabada la comida, si nos despiden pronto, iré á la Junta: esta noche tenemos Junta de señoras para eso del hospital... Ya saben ustedes, un hospital que ha fundado mi tía y que va á ser el refugio de tanto desdichado...

Con que ya véis, queridas,—añadió,—que me es imposible ir con vosotras á ver á la Condesa... Decidle lo que me sucede, porque le extrañará seguramente que no vaya á verla hoy, novenario de la muerte de su madre... Pero ¡qué! ¡si está una que no tiene tiempo de nada!

Dichas estas palabras, nuestra amiga se des-

pidió, y quedamos los hombres solos; las niñas fueron á ayudarla á ponerse un sombrero, del que se había hablado mucho durante el almuerzo. Al poco rato se oyó un ruído como el de un trueno lejano. Era el coche que entraba en el patio; este ruído se repitió á los diez minutos. Nuestra amiga había salido á cumplir sus obligaciones, que á fe no eran pocas.

III

Yo soy un hombre tan distraido, que ruego á los transeuntes no se rían de mí si alguna vez me ven por la calle sin sombrero. Será que me lo he dejado en mi casa ó en la ajena, ó en la butaca próxima á la mía, si vengo del teatro.

Aquel domingo salí de casa de mi amiga dispuesto á irme á los toros; pero ya en la calle de Alcalá, recordé que, al dar al General mi tarjeta para que me enviase unos cigarros que me había ofrecido, me había dejado la cartera sobre la chimenea, y en la cartera llevaba el billete de la novena corrida.

Volví, pues, á casa de mi amiga, y volví á pie, porque en un día de toros todos los coches de Madrid están en el espacio que media entre la Puerta del Sol y la plaza de la Independencia.

La casa estaba ya casi desierta. En el comedor, donde todavía enrarecía la atmósfera el humo de los últimos cigarros que habían fumado los convidados, había un criado recogiendo los manteles y cantando en voz baja.

Entré y vi mi cartera sobre la chimenea. Iba á salir de nuevo, cuando entró la doncella y dijo rápidamente:

—Manuel, vé á buscar al médico.

—¿Qué pasa?—pregunté yo entonces.

—La niña está mucho peor.

—A ver...

Y fuí corriendo á la habitación de Eloisa.

Efectivamente, estaba mucho peor.

Aquel ronquido sordo de antes era ya un ataque de crup en toda regla. La niña apenas respiraba, y el ruído del pecho era espantoso.

—Su madre... dije.

—La señora creía que sólo era un catarro, y el médico también, — dijo la doncella. ¿Usted sabe dónde ha ido la señora?

—Aguarde usted,—dije. Primero á las Carboneras... Después á la Castellana, luego... Ahora está en la iglesia, de seguro.

La doncella salió á dar todas estas señas al criado, que se ponía con toda calma su chaqueta de botones de plata, renegando de no poder irse á los toros.

IV

Somos egoístas. Las penas ajenas no nos privan de divertirnos. ¿Debía yo quedarme en casa de mi amiga hasta que ella viniera?

Esto era lo piadoso, lo regular, lo humano; pero yo no lo hice, porque á la consideración de aquel grave caso oponía yo mismo una reflexión cruel, pero exacta.

—¿Voy á ser yo más humano que la madre?

La corrida duró hasta las cinco y media; y al volver de los toros en lo alto de un ómnibus, donde ocho ó diez amigos habíamos subido para disfrutar del espectáculo de la vuelta del público, ví á mi amiga en su *landeau*, llevando á la derecha á una muchacha encantadora, con quien iba hablando alegremente.

Vamos, me dije, la niña no está peor. La ha visto; el médico la ha convencido de que no es cosa de cuidado...

Pero al llegar á la esquina de la calle de Cedaceros ví al criado, á Manuel, que estaba parado en la esquina mirando pasar los coches que volvían de la plaza.

El ómnibus se detuvo. Saltamos á tierra unos cuantos amigos, y me dirigí al hombre aquél,

que contemplaba la multitud con la cara más imbécil posible.

—¡Manuel!—grité.

—Señorito,—contestó él acercándose.

Y antes de que yo le preguntase nada, me dijo:

—¿Ha visto usted á mi señora?

—Sí, ahora mismo, á la entrada del Prado... ¿Como está la niña?

—No sé, señorito; estoy buscando á la señora desde que usted salió de casa. He ido á las Carboneras y acababa de marcharse; he ido al hotel de París, donde vive la señorita Tránsito, y también se había ido; fuí al Retiro y no he visto el coche....

En este momento me llamaron desde la acera de enfrente. Era un amigo, que me gritó:

—¡Aquí tengo un dinero para tí!

Naturalmente, dejé al criado con la palabra en la boca. Lo hubiera hecho todo el mundo.

V

Aquella tarde comimos en Fornos media docena de literatos y artistas. La comida era á las siete en punto, en un gabinete reservado. Entré por el restaurant, cuando un ¡chits! lanzado

desde una mesa me hizo volver la cara, y ví que quien me llamaba era el doctor Moreno, un médico que está en moda, y á quien he conocido bailando rigodones á las horas en que los moribundos suelen hacer la última mueca.

—¿Como va?

—Bien, ¿y usted?

—Bien, gracias. Ya sé que ha estado usted allá, dijo el Doctor.

—¿En dónde? ¿en los toros?

—En casa de la Generala.

—¡Ah, sí! Usted es....

—Hemos ido Pérez y yo. A mí me han llamado porque vivo enfrente; pero.. .(y se interrumpió para tomar una cucharada de sopa de tortuga), pero el médico de cabecera es el otro.

—¿Y qué?

—La niña está muy mala.

—¿Y la madre?

—Cuando yo salí no habían dado con ella. Allí quedó el otro; yo me escurrí, porque luego ya sabe usted lo que pasa, ¿eh? Coma usted conmigo.

—No puedo; me esperan arriba.

—¿Qué hay de política?

—Nada. Adiós.

—Adiós.

Y subí á comer, un si es no es pensativo.

VI

La comida terminó á las nueve y media. Mis amigos se marcharon cada uno por su lado, y yo, que iba al teatro, tenía que pasar por casa de mi amiga.

Al llegar al portal observé que había media puerta cerrada.

—¿Cómo está la niña?—le pregunté al portero.

—Muriéndose.

—¿Y la señora?

—Acaba de llegar.

—¡Por fin!—exclamé.

Subí. No se recibía á nadie. La doncella, que pasaba por la antesala con una taza de tila, me vió y me dijo:

—¿Ha visto usted qué desgracia?

—¿Y la señora?

—La señora está con el ataque de nervios. No ha llegado á tiempo, y...

—¡Ah! ¿no?

—No, señor; como ha sido en un día tan ocupado para ella...

—Es claro, — dije yo bajando las escaleras y repitiendo las palabras que por la tarde había oído á mi amiga. Cuando se está en moda... *¡no hay tiempo de nada!*

LA PRIMERA CONFESIÓN

PRÓLOGO

ORENCIA tiene doce años y es una de las niñas más encantadoras de la población.

Sus padres, que son religiosísimos, estaban inquietos porque Orencia no se había confesado aún.

Una tarde su respetable mamá, la Marquesa de***, advirtió á Orencia que á la mañana siguiente debía ir á decir sus pecados al padre Lepe.

El general K., íntimo amigo de la casa y comensal frecuente, sostenía que *había tiempo*; pe- el General tenía en la casa fama de *hereje* y no se le hizo caso.

La niña fué á consultar con *Miss*, una institutríz que cuidaba de ella desde que la niña tenía cuatro años.

Se encerraron juntas. Hablaron durante media hora, y después *Miss* salió del cuarto, dejando á la niña sola. Los ángeles del cielo revoloteaban en torno de aquella frente serena, cuya pureza no había empañado aún ningún pensamiento malo.

I

EXAMEN DE CONCIENCIA

Orencia hablaba así:

«Me preguntará si he faltado al respeto á los papás.... y yo le diré que no.

«Me preguntará si he jurado el nombre de Dios en vano....

»Digo, yo creo que será de todo esto de lo que me hable. Por supuesto, que los pecados que una puede cometer al día son tantos....

»Ayer dije que me dolía la cabeza á la hora del teatro, porque los dramas me ponen nerviosa....

»He murmurado del sombrero de Adela ...

»¡Detesto á *Miss*!

«Todo esto tengo que decirle....¿y qué más? ¡ah! sí, que desobedezco á mamá cuando me manda acostarme temprano.

»El mes pasado se me cayó el pan al suelo y no le besé.

»Hoy he llegado tarde á misa.

»Hablo mal de mi tío porque es muy cursi.

«¿Qué más? ¿Qué más?»

Y Orencia se durmió poniendo los pecados en orden.

II

DESPERTAR

A la mañana siguiente, la niña y el aya fueron á la iglesia. La segunda se quedó á respetable distancia, mientras la pecadora infantil acercaba su preciosa cabeza á la verja de madera.

Miss observaba que Orencia se volvía de cuando en cuando á mirarla de tal manera, que cada mirada parecía una pregunta.

Después el aya oía decir: «Sí, padre»; y dentro del confesonario se oía un ruido como expresión de espanto y de asombro.

Orencia acabó su confesión y vino al lado del aya.

—¿Qué tal?—dijo ésta en inglés, y Orencia contestó:

—¡Me ha echado una penitencia *atroz*!

—¡Atroz! —exclamó *Miss.*

—Es decir, larga, terrible. He sido interrogada sobre una porción de cosas que yo no sé lo que significan.

—¡Ah!

—Y en la duda he respondido á todo que sí.

—Pero....

—Me dijo....

En este momento pasaba un coche por la calle, y el ruido de las ruedas apagó la voz.

III

HAY TIEMPO

Durante todo aquel día, papá Marqués y mamá Rosa se distinguieron por su empeño en huir de Orencia.

La abuelita se encerró con llave en su cuarto, diciendo que estaba mala.

Miss, condenada á estar siempre al lado de la señorita, sufrió cien preguntas con impasibilidad inglesa, contestando siempre que ella no conocía bien el castellano.

El General llegó á la hora de comer, la niña se abalanzó á él, le besó en la frente y le dijo:

—¡Qué quiere decir tal cosa?

Frunció el veterano las cejas á tiempo que la familia llegaba para sentarse á la mesa, y dirigiéndose al Marqués:

—¿No te lo decía yo,—exclamó,—que había tiempo?

El Marqués se lo llevó aparte y le dijo:

—Mira, tú, que eres listo, contéstale lo que puedas. A mí no me está bien, y la moral de mi casa no me lo permite.

TIMBRES DE VIENA

Un amigo mío, que se llama Fernando, se enamoró de una mujer. Le escribió una carta diciéndole que la amaba, y recibió la siguiente respuesta:

«Haré lo posible por probar á usted que no me ha sido indiferente. Afortunadamente soy viuda, independiente, y un *rendez-vous* dado por mí no perjudica á nadie más que á mí misma.

«Mañana á las nueve iré á misa á la iglesia de las Calatravas».

Esta carta tenía por timbre unas iniciales en rojo y oro.

*
* *

A los quince días (yo no sé lo que habría pasado), Fernando recibía la carta siguiente:

«Fernando mío: Te amo, sí, te amo cada día más, y cada vez celebro con más sinceridad ha-

berte conocido. Te espero á las cuatro, como de costumbre, y exijo que ya no te separes de mí. Hoy tengo langosta y *chantilly*.

»Adiós, amor mío, hasta luego. ¿Sí?

»¡Te adoro!

»Pásate por casa de Escolar y paga mi cuenta.»

Esta carta llevaba por timbre una palomita con un sobre en la boca, en el que decía: *Je t'aime*.

*
* *

A los dos meses, Fernando, que estaba en París, recibía la siguiente carta de Madrid:

«Ni salgo, ni nadie me ve. Las circunstancias en que me has colocado serían terribles si yo no confiara siempre en tu cariño. ¿Por qué tardas tanto en escribirme? Yo supongo que la diplomacia no te dará mucho que hacer.

»Este mes no he recibido la letra».

Esta carta, que era de tamaño grande, iba timbrada con una cabeza de perro ratonero, de color café.

*
* *

Tres meses después:

«Fernando: Mis acreedores no me dejan en

paz, y yo he contraído mis deudas fiando en tus promesas.

»Me levanto hoy de la cama, y te aseguro que mi convalecencia va á ser horrible.

»A la niña la hemos puesto O».

Timbre de circunstancias. Un bebé en cueros con un aro en la mano.

* * *

Al año justo:

«Sr. D. Fernando de Q***:

»Le escribo á usted fuera de mi casa para que mi pobre madre, recién llegada de París, no se entere de mis funestas debilidades.

»Olvídeme usted para siempre. El Marqués se casa conmigo, y nos vamos de gobernadorcillos á Filipinas. La niña se llamará como el esposo que nos ha proporcionado el General, al cual hemos tenido que pagar sus deudas. ¡Pobre hija mía! ¡Pobre de mí! ¡Pobres de nosotros!

»¡Es usted un mónstruo!»

El timbre de esta última carta dice:

Monte de Piedad y Caja de ahorros.—Secretaría.

En el sobre háy un corazón borrado por una lágrima.

LOS SUEÑOS DEL CORONEL

Mi amigo el coronel Orán me decía la otra noche:

—Ustedes los poetas siempre están soñando, pero los sueños reales y positivos son otros.

—¿Cuáles?

—Yo se los contaré á usted.

* * *

Cuando yo iba á la escuela, soñaba siempre con el día de fiesta, en que no iría; y en mis sueños veía una doncellita rubia, muy mona, con su pañolito á la francesa en el cogote... no, no entraba el amor por nada en la dulce visión de la noche; la doncella representaba para mí la libertad y el sueño era hermoso.

Después, cuando me llevaron al colegio de

Artillería, no se pasaba noche sin que yo soñara con Elvira.

Elvira era una prima segunda que yo tenía, una niña encantadora, la amiga de la infancia, la que corría conmigo por el jardín antes de que yo fuera cadete... Le aseguro á usted que cuando el toque de diana resonaba en el patio del Alcázar de Segovia, yo hubiera preferido morir á despertar, por no perder de vista á Elvira, que vagaba en torno de mi almohada toda la noche...

Salí á teniente. Hice la campaña. Tuve cuarenta y tres novias en seis años. Desde los veinte á los treinta las veía en mis sueños á todas. Mis sueños eran exposiciones de ojos, de cabelleras, de pies, de manos; era yo el rey del mundo entonces, y parecía que todas las mujeres de la tierra venían á arrullar mis horas nocturnas como un coro de ángeles.

Pero una de ellas venció á las demás y se apoderó de mi corazón y de mi bolsillo. ¡Qué época aquélla! Cuatro años, amigo mío, cuatro años estuve entre las garras de aquella condenada Adela, que entonces me parecía la única mujer posible. Gastó mi patrimonio, me hizo encanecer, hasta me pegó un día dos palos con una sombrilla... y yo, tonto de mí, que pasaba todo el día á su lado, cuando me iba á casa por la noche aún soñaba con ella, y la veía tendiéndome la mano como si me pidiera algo...

Por fin, vino el hastío. ¡Bien venido! Adela se marchó á Puerto-Rico,

en un cascarón de nuez,

con un teniente de carabineros, á quien nunca le agradeceré bastante sus servicios. Quedé en libertad, y ya mis sueños eran idilios caseros. Veía, soñando, á todas las señoritas que van al Prado ó á Recoletos; buscaba entre ellas la esposa, la dulce compañera de mi vida, el ser angelical que nos da los hijos y nos zurce las camisas...

Y la encontré.

Me casé con Zoa, hija de un auditor de guerra. Fisonomía vulgar, talle esbelto, buena educación, doce mil duros de dote... Esto era hace veinte años. ¿Creerá usted que ya no he vuelto á soñar?

A las doce y media de la noche salgo del casino, donde he jugado mi tresillo y tomando una jícara de asfalto con pretensiones de chocolate. Llego á mi casa; mi mujer me espera ya dormida y roncando, de una manera escandalosa; me desnudo, me pongo mi pañuelo de seda en la cabeza; me acuesto de espaldas á ella, haciendo la figura del águila imperial, como decía el gran Quevedo... y no sueño nada, nada, absolutamente nada!

Verdad es que hoy, día de la fecha, entre mi señora y yo tenemos ciento cinco años y medio.

ALMUERZO DE ESTUDIANTES [1]

El domingo pasado, á las doce y media, se sentaban á almorzar en el salón de la Casa Rústica del Retiro cien estudiantes del cuarto año de medicina.

Yo entré cuando ya todo el mundo hacía por la vida. Era un almuerzo en honor de Javier Santero; lo presidía el venerable D. Tomás, decano de nuestros médicos, padre de Javier, y abuelo del drama que motivaba el obsequio. Enfrente de ellos estaba el *estudiante perpetuo*, Letamendi, gloria de la Medicina, catedrático, poeta, músico, filósofo, escritor, hombre especialísimo, tan versado en las ciencias exactas

(1) Inspiró este artículo el suceso real que le sirve de asunto, y va incluído en este tomo como recuerdo de la amistad.

como en la Medicina, tan elocuente como decidor. Allí estaban también los amigos íntimos del autor dramático recien nacido, Grilo, Campo-Arana, Lustonó y un servidor de ustedes.

¡Qué alegría se respiraba allí! ¡Qué animación, qué vida, qué franca expansión! Declaro que un banquete de hombres políticos no me hubiera hecho madrugar, pero el almuerzo de los estudiantes me atraía. Me pesó haber perdido media hora, porque mientras almorzaba creía haber vuelto á los primeros años de la juventud. El vino de aquel almuerzo remozaba; el Champagne me parecía elixir de nueva vida.

¡Y qué curioso estudio para un observador!

En aquellas cien cabezas que se movían en todas direcciones, en aquellas lenguas movidas por el entusiasmo y por la espuma del Champagne, ¡qué variedad de tipos, de aficiones, de puntos de vista, de maneras, de expresión, de chistes, de observaciones, de frases y de acentos! Aquí se ve al andaluz hablador y gracioso; allí al navarro enérgico y francote; discute con riqueza de imágenes el sevillano con el gallego; disputa el aragonés con el castellano; pronuncia inprovisados discursos el hijo de Canarias; habla de amores el valenciano alegre y expansivo. Tras unos ojos chiquitillos y penetrantes se adivina al escolar sagaz y aprovechado; bajo la frente que cubren los desordenados mechones se ve la inteligente mirada del estudiante re-

flexivo y asíduo; aquí se agita el calavera deshecho, que estudia media hora en libros ajenos; allí recita versos el poeta naciente, que prefiere los bastidores al anfiteatro anatómico; son cien médicos en borrador, treinta políticos en perspectiva, cuarenta escritores en boceto, veinte sabios probables, diez ó doce calamidades casi seguras, porque entre estos semi-doctores habrá de todo...

Dentro de algunos años, éste será médico de la aldea; aquél, médico de los baños; esotro, médico de un vapor; el de más allá, *físico* de un regimiento. ¡Quién sabe si el que hoy me ofrece una copa con alegre sonrisa me anunciará en triste día que á alguna de mis hijas se la lleva la muerte! ¡Quién puede asegurarme que aquel tan distante de mí vendrá á mi lado un día á ver còmo me pegan un balazo...; aquel tan descuidado y bruscote será el doctor de moda dentro de diez años; el otro le pondrá un sinapismo á mi casero...

Vedles qué alegres, qué dicharacheros, qué alborotados... Pues en sus manos ha de estar la salud de la generación que viene; éstos han de ser los que nos den la esperanza ó el desengaño, la tranquilidad ó la inquietud, la vida ó la muerte... Son cien muchachos que han de disponer en veinte años de cien mil vidas. Yo les miro con extraña curiosidad, con irresistible afición; como hombres, me recuerdan aquella alegre

época de la vida en que yo no tenía ni cuidados, ni experiencia, ni desengaños, ni canas; como estudiantes, me hacen pensar en los gloriosos caminos que han de recorrer ejerciendo el sacerdocio más grande y más ingrato... Nunca serán más felices que ahora, ni obedecerán á más nobles impulsos; discípulos, celebran al maestro; espectadores, aplauden y no envidian. Cuando brinda alguno de ellos, se apresuran los demás á elogiarle ruidosamente. Todos hacen versos, todos cantan, todos sonríen. ¡Es tan hermosa esa edad, en que entusiasma lo mismo lo propio que lo ajeno!

Mientras yo hago estas reflexiones, el ruído aumenta, la alegría se difunde, las manos buscan las anchas copas, como las mariposas la luz. Un estudiante, un niño en la apariencia, se levanta y lee unos versos que acaban en medio de estrepitosos aplausos.—¿Quién es ése?—Castañer...—Castañer... sí... Entonces recuerdo haber sido amigo de su madre, hace años, cuando yo empezaba á hacer versos. Ya hacen versos, y buenos, los niños á quienes uno ha tenido en las rodillas; esto va malo; el sol me da en la cara...

Otro estudiante lee un romance lleno de frescura y de valentía; hay en él frases espontáneas, estilo correcto; es un brindis á la unión de la ciencia con la poesía. Éste se llama Calatreveño: se ve en él la madera de los que han de hacer bien las cosas. Es á la vez estudiante y pe-

riodista; se le aplaude durante tres ó cuatro minutos, y con este motivo anuncia que dentro de poco publicará un libro, que recomienda al auditorio. Español que hará pronto su camino.

Se levanta Ramiro Blanco, estudiante con sus puntas de autor dramático. Reconozco al mismo que hace un mes me presentó Luis Vidart, y que vino á mi casa con su mamotreto debajo del brazo. Así vino hace ocho años Vital Aza, estudiante también, á mi casa de la calle de la Magdalena. ¡Todo es empezar; adelante, muchachos!

Hablan varios á la vez; lee un soneto Bascuñana: hace un discurso, un discurso en regla, con notable facilidad, un chiquitín que ha de ser, lo tengo por seguro, orador popular. Sus compañeros le llaman Sancho, y no es el buen callar, sino todo lo contrario. Tiene su popularidad entre ellos; habla mucho y bien.

Legar se llama otro que también se hace aplaudir con estrépito... Pero ¿quién va á recordar aquella hora y media trascurrida entre el postre y el café, y en la que se dicen tan buenas cosas y se oyen tan diferentes frases?

El *estudiante perpetuo* se levanta. Es Letamendi, á quien quiere todo el que le habla un vez. No es el sabio grave y pretencioso, de quien se huye, sino el hombre de ciencia, cariñoso y afable, que convierte todas las cuestiones en asuntos interesantes. Sin quererlo, sin pensarlo, hace un

verdadero discurso, lleno de erudición agradable y de oportunísimas frases. Grilo improvisa versos; Campo-Arana, elegante prosa; Lustonó hace un bonito brindis; Santero da las gracias á todos en una improvisación brillante, y su respetable padre, gloria de la Medicina española, termina el banquete con su autorizada voz pronunciando la última palabra.

Los estudiantes, ya entregados á sí mismos, cantan, brindan, beben, se desparraman por las alamedas del Retiro... No pensaron ellos el placer que iban á proporcionar á un observador que estuvo todo aquel día saboreando la impresión que le produjeron. Acostarse contando cien amigos más es un negocio que tal vez no comprendan los banqueros, pero que yo tengo por colosal, porque no se hacen muchos de esta importancia en la vida.

Yo declaro que con un médico solo no me encerraría en una botica; pero con estos cien médicos próximos... con éstos voy á todas partes, contento y seguro, y al acabar este recuerdo, quiero saludarles cariñosamente, repitiéndoles en prosa lo que en unos versos que ya he olvidado les dije: ¡Que logren la gloria en su carrera, y sean todos ellos mis amigos... y no me receten nada!

Marzo de 1880.

LA FORMALIDAD

Se habla tanto de la formalidad, y es palabra tan manoseada, que á fuer de buen español, quiero protestar de este abuso.

Obsérvese que en España, en Madrid sobre todo, la mayoría de las gentes cambia de opinión á cada paso, compra y no paga, habla mal del prójimo, va tarde á todos los espectáculos, toma en serio todas las noticias falsas, saluda al petardista, celebra á la cortesana, aplaude al cómico peor, juega á la lotería, se levanta á las once, se acuesta á las tres, baila en cuaresma, va al teatro de luto, reniega del país, viaja de balde y lee *La Correspondencia*.

¿Es esto formal?

Conozco á un hombre que vive de la usura, desea la muerte de su padre porque le ha de dejar millones, mantiene dos queridas, juega con trampas, es traidor á su partido, niega su

firma y le hace el amor á la criada. Pero este caballero es muy serio, usa gafas de oro, se levanta temprano, lleva á todas partes del brazo á su pobre mujer, que en público no ha de contar lo que está pasando con este gran bribón; y mi hombre, que no ha faltado á ninguna cita, ni ha tardado nunca dos días en pagar al casero, pasa por hombre formal y merece la consideración de las gentes.

En cambio, mi amigo Sebastián, que anda tarareando y se ríe de la política, y no se acuerda de que le esperan á comer en casa de Fulana, y deja todas las novias en cuanto se entera de que no son tan formales como hay que exigir á la mujer propia, es un botarate, según opinión general, á pesar de que trabaja ocho horas al día y es el sostén de su anciana madre y se quedó cojo en un duelo por defender á un amigo ausente.

Me sucede con los hombres serios contemporáneos lo que con esos cuadros antiguos, casi negros por la acción del tiempo. Deben de ser muy buenos, pero yo no veo en ellos más que humo.

Canta el poeta la patria, la libertad, la gloria, el amor, las grandes pasiones humanas; apenas se le oye. Habla el político de oficio de todas estas cosas, perora, declama, vocifera, asegura que el patriotismo mueve su corazón y sus labios; y el vulgo inocente le lleva de la mano á

la dirección, á la subsecretaría, al ministerio, á la embajada; es decir, al coche, al palco, al hotel, á la fortuna. El poeta entre tanto vive en los países imaginarios, feliz con una mirada, con un beso, con una copa de Champagne, con cualquier tontería que no conduce á nada. Puede ser que tenga más entendimiento que el otro; pero no es una persona *formal;* su profesión no consta en los padrones municipales. La formalidad tiene otras manifestaciones... y otros resultados.

Y, sin embargo, hay un error en esto de juzgar por la exterioridad de las cosas; y á veces el que parece más ligero es el que decide de las cosas más graves. En una noche de insomnio alegre, se han escrito á veces las grandes obras de la humanidad, los dramas inmortales, las perdurables melodías. Hay quien puede faltar á una palabra y revolver el mundo con otra. En cambio, sé de muchos asnos exactos y de no pocos imbéciles muy serios.

Observad las grandes fortunas. En otros países se hacen á fuerza de paciencia y trabajo Aquí se hacen de repente y en broma. Oís que un hombre fundó antaño un garito sin una peseta, os reís de él y de su profesión, y acabáis por saludarle todos los días, sabiendo que tiene medio millón de renta.

Un emprendedor toma un teatro sin un real, lo debe todo, no cuenta con nada, dudáis de él

pero acudís á abonaros; aseguráis que no podrá salir adelante, y este hombre llega á la representación mil con todo Madrid en torno suyo y habiendo cumplido todas sus obligaciones. Yo no conozco ningún hombre formal que haya hecho otro tanto. ¿Qué falta hace, pues, la formalidad donde resultan estas cosas?

Los españoles hemos tomado en serio:

Los toros.

Los bufos.

El cantón.

El espiritismo.

Las elecciones.

¿Quién hay que después de esto se atreva á hablarme de formalidad... formalmente?

Lo que sucede es que la mayor parte de los hombres salen á la calle moralmente pintados. Las mujeres usan polvos de arroz, colorete, agua de Barcelona; los hombres usan frases huecas, agua de adulación, polvos de hipocresía, todo lo que disimula las arrugas del corazón, que pretenden llevar en la mano; pero es muy frecuente confundir la hipocresía con la respetabilidad, porque, como decía el inventor del aceite de bellotas, hay viles falsificadores.

¿Queréis pasar por hombres formales?

He aquí el programa:

Levantarse temprano.

No dejar sin contestar ninguna carta.

Visita hecha, visita pagada.

Echarla de religioso y de católico aunque no se vaya á misa, ni se confiese, ni se comulgue, ni se sepa cuando es vigilia, ni se dé un cuarto á los pobres.

Hablar en serio de nuestros hombres, de nuestras ideas, de nuestro partido, y hacer lo que convenga.

Pagar puntualmente las cuentas de diez duros, aunque se deban diez millones.

Suscribirse á los periódicos de orden.

Desollar al prójimo con frase cariñosa.—Ejemplo: ¡Qué lástima que Fulano, siendo tan bueno, sea tan desgraciado en la vida doméstica! (Los que no son formales dicen esto de otra manera).

Al teatro con la señora; al paseo con los niños; á misa con la suegra; y luego, robar lo que se pueda y promiscuar y vengan penas.

Procurar que se caiga el pelo y la aprensión, para que la figura sea moral y materialmente respetable.

Arrimarse á los que mandan y decirles que serán eternos.

Acostarse á las doce.

De esta manera Madrid entero os llamará excelentes personas, buenos padres, buenos esposos, buenos ciudadanos. Y lo más que os puede suceder es que oigáis algo parecido á esto, que en cierta ocasión decía un hombre de bien, cargado de familia, en quien el buen humor suplía la falta de dinero:

—Mi vecino es usurero, contrabandista, adúltero, jugador, borracho y libertino; pero ha logrado reunir veinte millones, da de comer, paga puntualmente y presta al Gobierno; así es que todo el mundo asegura que es un hombre formal. Yo, señores, soy un perdido, porque le debo quince duros al sastre.

CARTA Á MONSIEUR FRANÇOIS

Mi querido amigo: ¡Pretende usted conocer el castellano en dos años! Ni en doscientos, ni en mil. Más fácil será que yo domine el francés, lengua sin trastienda, idioma sin entresijos, y modo de hablar sin obscuridades. ¿Pues no se acuerda usted ya de los apuros en que se vió cuando yo le escribí que ni aquí se hablaba del Imperio, ni había tales *carneros*? ¿Usted se acuerda con qué curiosidad me preguntaba usted qué carneros eran aquéllos? ¿Pues y cuando le dije á usted que Serra y yo éramos uña y carne? ¡Qué confusión la de usted para saber quién de los dos era la carne y quién la uña, y por qué habíamos de ser tal cosa!

Crea usted á un español que vive de zarandear el idioma y todavía no se ha enterado de cómo es. Aquí sucede con las palabras lo que con los sistemas políticos. No hay nada lógico

ni razonable, y á veces las cosas tienen más fuerza de expresión, porque dicen precisamente lo contrario de lo que debieran decir. Y si no, vaya usted oyendo cosas raras.

En España decimos que *sale* el sol precisamente cuando *entra*, y la tarde se cae todos los días yo no sé de dónde, porque nunca la he visto caerse. El sol se pone cuando se quita, y al sol le toma todo madrileño en invierno.

Todo el mundo cae aquí de su burro, nadie de su caballo, y al que nos enoja le ponemos precisamente de vuelta y media, nunca de dos ni de vuelta y tres cuartos. El quehacer no cae, como pudiera caernos una teja, y al que es muy listo le llamamos pez, cuando no hay nada más torpe que los peces.

Hacemos tiempo como pudiéramos hacer buñuelos; ganar tiempo es perderle, y matarle dejar que él nos pase por encima. Vaya usted atando cabos; pero no crea usted que le mando atar á los de infantería.

Caballeros se llaman infinitos que nunca cabalgaron, y la suerte es potra, cuando usted creía que era la hija de la yegua. Al que come llamamos comilón, y comedor al comedero. Hay muchas gentes que estaban en su casa cuando nacimos, y le dirán á usted que nos han visto nacer, como si nuestra madre hiciera espectáculo de su alumbramiento. Su gracia de usted se llama el nombre, y yo conozco á quien se llama

Silvestre Ladrón, que maldita la gracia que tiene.

Con ser España un país democrático, le dirán á usted que cada español tiene un rey en el cuerpo; y pese á los teólogos y filósofos cristianos, aquí hasta los cuadrúpedos tienen alma, porque yo sé de muchas personas que tienen un alma como un caballo.

La puerta más pesada y llena de goznes la toma todo el que se va, y andamos á tiros como otros andan á pasos. Y los tiros son largos ó cortos, según los casos, porque todo el que se ha de emperifollar se viste de tiros largos. Mal hablado llamamos al mal hablador ó al que habla cosas feas. Se prestan oídos y aun se regalan. Dinero es lo que no presta nadie.

Burlador es el que burla, y burlón el que se ríe de otro; burladero, el sitio para burlar; burlista es lo que no tenemos; y para que vea usted como se habla, cajista no es el que hace cajas, sino el impresor que compone palabras; y el componedor no es él, sino el instrumento donde las junta, y que yo llamaría componedero.

Café se llama el líquido y el establecimiento donde lo venden, y cafetera la dueña y la vasija; economía de palabras que no comprendo en un idioma donde el dinero se llama de mil modos, como trigo, luz, *guita*, oro, vil metal... ¡y llamándolo de tantos modos no viene!

Pero ¿adónde iríamos á parar si en esta carta

le dijera cuanto se me ocurre sobre el asunto? En otra le diré algo más; porque en este asunto hay siempre tela cortada. Ruégole á usted que de esta tela no me pida ni un palmo, porque esto es hablar de la mar, aunque no haya tal palabra en la carta.

EL SOBRINO DE LA BARONESA

MONÓLOGO

Arturo *(sentado á la mesa)*.—Decididamente esto se acaba. No ha venido la primavera, pero está encima el verano con todos sus fastidios.—Se acabaron las noches del teatro Real, los bailes, las comidas semanales y los proverbios de salón. ¿Adónde iré yo este verano?—Seguramente no he de pasarlo tan bien como el invierno, del que guardo tan gratos recuerdos... ¡Qué invierno! Los cronistas han enflaquecido á fuerza de vigilias y de trabajo mental; han salido á revista por día. Han nombrado á todas las mujeres bonitas y á muchas feas; han dado cuenta de todos los tés y todas las pastas adjuntas, y han celebrado todos los mobiliarios, todas las proverbiales amabilidades de las señoras de las casas, todos los apellidos de cuanto hay de notable en la política, en la banca y

las letras... Tarea ingrata, enojosa, difícil, según ellos aseguran. Yo, en tanto, he procurado divertirme. Todos los rincones de los gabinetes guardan recuerdos míos. En el de casa de la Duquesa le dije á la Generala aquello de la diferencia de edades en los matrimonios, que á ella le gustó tanto, y fué el principio de la aventura secreta que todo el mundo sabe; en el de casa de la Condesa hice las paces con Eloisa, después de dos años de *relâche*...; en el de casa del Embajador me ganaron al *wisth* la paga, que despues me adelantó D. Judas... Ello es que no puedo quejarme de Madrid. ¿Quién soy yo? Arturo López, oficial quinto de la secretaría de Estado, agregado de alguna legación remota, sobrino de mi tía la Baronesa de A..., retirada en Sanlúcar porque no tiene una peseta... Pero uso corona de barón en las tarjetas, soy diplomático, y en todas parte me llaman el sobrino de la de A***. ¡Qué apurado se vió el ministro de Grecia para saber mi nombre cuando me convidó á su baile! Y sin embargo, me convidó. ¿Cómo no, si yo tenía que dirigir el *cotillón*? Yo era más necesario allí que el Presidente del Consejo. ¿Pues no hago bien en darme importancia?—El día 22 de Diciembre, en vísperas de Nochebuena, tuve el disgusto con el Coronel. ¡Qué Coronel, Dios mío! ¡Empeñado en que le hago el amor á su señora, una bizca que cecea hasta cuando habla en francés y habla del *gran zucé*

del *Azomoá de Zola*, que ha visto en París, y lo cuenta de un modo verdaderamente *assomant!* Declaro que esta señora me horroriza. ¡Pues nada! El Coronel empeñado en chocar conmigo. Yo bien sé lo que es. El que enamoraba á su mujer era el Ministro del ramo, y ya se ve, con su jefe no había de chocar; ¡al contrario! Pero necesitaba una víctima para demostrar que era celoso, y me ha elegido á mí. Afortunadamente los padrinos lo arreglaron, y desde entonces voy á comer los jueves á casa de este caballero, que la tiene llena de armas modernas y antiguas. En cambio, no tiene ningún libro, ni antiguo ni moderno; pero tiene una sobrina que me gusta, y me ha citado para los baños de Santa Águeda. —Pero me estoy olvidando de que debo contestar á la carta de mi tía, de mi señora tía la Baronesa de A***. Me escribe desde Sanlúcar una carta *atroz*. Díceme que éntre en mí mismo, y aunque es día de fiesta y debo tener cerrado, voy á entrar.—Paso, pues, adelante y reflexiono, según mi tía me ordena, y le contesto: «Querida tía: Me pide V. que haga el resumen del invierno y vea qué he sacado en limpio. Yo haré con mucho gusto lo que V. me pide. He sacado más de lo que V. se figura. En primer lugar, he sacado gratis el abono del teatro Real, que lo jugué al *faraón* con un compañero y se lo gané. Ya ve V. que por este lado (que debe ser el lado de la plaza de Oriente) no le he sido á V.

muy gravoso.—He sacado una porción de relaciones nuevas, que me son utilísimas; V. debe comprender que un hombre sin relaciones no es nada. El Ministro no me conocía ni de vista, ni me hubiera conocido jamás si yo no hubiera ido á los bailes de casa de su hermana. Allí me presentaron á él, y aun me recomendó su sobrina, que es una muchacha muy bonita, con quien yo hablo mal de todas sus amigas, y el Ministro se sonrió. Ya ve V., se sonrió. Esto es algo, porque los ministros apenas se sonríen. Le he ahorrado á V. mucho dinero, porque como no suelo comer en casa, tengo un cuarto para dormir, y nada más, y aun muchas noches no duermo; pero dice el patrón que eso no es cuenta suya.—Los domingos suelo comer en casa del Duque. Se come muy bien, tal vez demasiado, porque se acaba muy tarde, y no le queda á uno tiempo para ir al teatro.—Los lunes, con la Generala; comida de confianza, donde van muchos generales que hablan mal del Gobierno. Yo no me ocupo de eso, y por hacer algo me entretengo en pisar á D.ª Antonia, una magistrada entrada en años, que no me hace caso, pero que no debe tener callos, porque se aguanta. — Los martes, en casa del señor de Resaca, ya sabe V., el banquero donde me manda usted el dinero. Allí va mucha gente y me divierto mucho; comerciantes catalanes, diputados, muchos empleados en el ministerio de Hacienda... Las mujeres son

cursis, pero no se dejan pisar como la otra. Luego se baila. Hay una señorita de Vich que canta una porción de cosas, que supongo habrá V. oído desde ahí.—Los miércoles como con el Coronel. Allí lo paso muy mal, porque desde el disgusto del invierno tengo que afectar una gravedad que me molesta extraordinariamente. La Coronela me llama *birbán,* que no sé lo que es, pero ella cree que es francés. Me voy temprano, y de cuando en cuando les llevo unos dulces de la Mahonesa, que á los niños les gustan mucho, según me ha dicho el Ministro de la Guerra.—Los jueves no tengo compromiso con nadie, y suelo comer en el Casino, donde dan muy bien de comer por veinte reales... por menos, pues muchos días no pago. Viernes y sábados los reparto entre casa de Manolita, nuestra prima, y un señor diputado gallego que está haciendo amigos y hoteles á toda prisa. Dicen que tuvo no sé qué contratas en la guerra pasada; pero él asegura que es rico por su casa, y habla de su *papá,* cosa que sienta muy mal en un hombre de sesenta años. El retrato de su papá lo he visto yo hace dos meses en una prendería de la calle de los Estudios. Creo que no le ha costado arriba de cuarenta reales.—El domingo como en Fornos con varios amigos.—Aquí tiene V. mi vida animal, que no puede ser más barata. En vestir gasto algo más, pero no gran cosa, porque mi sastre es además amigo mío y espera.

A propósito; tenga V. la bondad de mandarme dos mil reales.—Me dice V. que estudie. ¿Para qué? ¿Cree V. que necesito tener una carrera además de la de diplomático? Con otro invierno como el pasado tengo la seguridad de ir á una embajada, y para ello reuno todas las condiciones necesarias. Hablo el francés como un parisién, chapurreo el inglés y canto en italiano. No hay quien baile un vals corrido como yo; sé guiar un *doskar* y soy amigo del Ministro. ¿Pues para qué me he de calentar la cabeza estudiando un sin fin de cosas que no me servirían para nada?—¡Ah! se me olvidaba decirle á usted que soy literato. Me he soltado á hacer versos este invierno, y he llenado de ellos los *álbums* y los abanicos de todas mis amigas. Los hago muy bien. Campoamor me los celebra, como tiene por costumbre. El viernes leeré en casa de la Marquesa un romance que se titula *Sombras y luces*. Creo que no lo entenderán. No es fácil. Adiós, querida tía; si oye V. decir por ahí que aquí lo pasamos mal, responda V. que es mentira. Se habla de que el pan está caro. Yo le como de Viena, y ya ve V. que no gasto mucho. También hablan de que la carne sube. Me alegro por la Coronela, que está muy gorda. Iré á hacer á V. una visita á fin de verano, porque el principio y el medio los tengo comprometidos. Voy á Santa Agueda con la familia del banquero, que me convida. Después á Biarritz, á la

villa del Duque, donde me guardan cuarto y mesa. ¿Usted ve?—Adiós, querida tía; se marcha el correo y he de vestirme para ir á las Carreras. Tengo apostado por *Barón* (un caballo que debe ser pariente nuestro) y espero ganar algunos pesos. Cúidese V. mucho, y sabe es suyo sobrino amantísimo, ARTURO.»

¡Ea! Hemos cumplido con la familia. Ahora cumplamos con el mundo: á las Carreras; después, al Club; luego, á Rivas... ¡Dios mío, que ocupado estoy; no tengo tiempo para nada! ¡Juan! ¡Juan! Si no vengo á dormir, te acuestas, y mañana me llevas la ropa; ya sabes... calle de las Huertas... ¿Dinero? No tengo. Ponlo tú. ¡Ea, hasta mañana!

(Sale cantando y mirándose las botas. La portera le saluda cariñosamente.)

TODO MADRID

La memoria podrá ser gran cosa para los oradores, para los cómicos, para los eruditos; para un observador de las costumbres de su tiempo es un motivo constante de tristeza.

Has de saber, lector amigo, que yo tengo la fortuna de no acordarme nunca de cuatro versos míos; que no recuerdo nunca las calles de una población, ni lo que hice ayer por la tarde, ni lo que debo hacer mañana; pero, en cambio, no hay fisonomía que se me olvide, ni música que no tararee, ni objeto que no se grabe en mi mente como auxiliar de otros recuerdos menos afluyentes.

Y lo siento de veras, porque esto me obliga á saber, ó á suponer por lo menos, cosas que maldito lo que me importan.

Por ejemplo:

No hace muchos días me escribía un amigo residente en Toledo:

«Te agradeceré que vayas al Monte de Piedad en un día de ventas, y me compres unos pendientes de brillantes que destino á mi mujer, cuyo precio no pase de cien duros, que adjuntos van en letra, etc.»

Conocedor de la vida de Madrid, mi amigo sabía que donde él me indicaba, los objetos de valor se venden más baratos que en las tiendas de moda.

*
**

Fuí, pues, al Monte impío (dado que en él hay tantas alhajas aprisionadas), y apenas entré en la sala de ventas, ví el reloj de Teresa.

¡Teresa, mujer *chic*, con gran fama de rica y de generosa; Teresa, que va á misa en berlina, al Retiro en *landeau*, á las carreras en *char-á-bancs*, y á la Casa de Campo en *milord*; coches todos de su propiedad, ó al menos de su uso!

Y no hay duda, aquél era su reloj. El mismo que su madre, la difunta Marquesa, le trajo de Viena el año pasado. Un relojito *remontoir* que, no sé por qué, vale veinte mil reales. Un relojito que yo le hacía sacar con frecuencia del bolsillo, porque me encantaba oirle dar las horas,

y ahora veo que también da los cuartos. Recordé al verle allí que Teresa me había dicho pocos días antes que se le había caído á su niño de la mano y se le había roto yo no sé qué, y temía que no se lo compusieran bien en casa de su relojero.

Pensando en las cosas de aquella cautividad, seguí andando en busca de los brillantes por mi toledano deseados, cuando... ¡oh, nueva sorpresa! me encontré de manos á boca con el mono de la vizcondesa..... Es un mono de plata, del tamaño natural de los monos *corrientes*, que hace un mes estaba en la antesala de la casa del Vizconde. El animalito tiene una bandeja en la mano, y en ella recibe las tarjetas de los amigos de la casa. ¿Quién que haya estado allí no recuerda este precioso capricho de nuestra encantadora amiga, que le costó á su marido en París seis mil francos?

¡Oh, mono delator, mico de la fortuna, traidor a la vanidad, enemigo doméstico! ¿Quién te trajo á esta soledad para que yo te viera?

—¿Conoce usted esos tapices?—dijo una voz á mi espalda interrumpiendo mis exclamaciones.

El que me hablaba es un músico á quien suelo yo ver en cierta casa donde más de una vez hemos pasado la velada juntos.

Los tapices estaban extendidos, ostentando todos sus primores. No pueden confundirse con

ningunos otros. De siglo en siglo han venido siendo herencia gloriosa. En uno de ellos están los reyes magos adorando al Niño Dios, que en el portal de Belén aparece rodeado de la Virgen y San José, con su vara de azucenas y todo. En otro Santiago entre nubes, se aparece á los combatientes de las Navas, que en enormes caballos pisotean á los robustos enemigos. No hay duda, aquéllos eran los tapices que tantas veces han servido de respaldo á mi cabeza cuando me he puesto á contemplar, sentado en un sillón, los artesonados del techo.... Pena me dió de verlos allí; pero las emociones habían de sucederse, y una borraba á la otra. El músico me señaló con el dedo hacia otro sitio, y yo grité enseguida:

—¡El collar de la viuda!

No hay otro collar de perlas como aquél; es célebre en Madrid, y aun en París. En ambas capitales ha dado que hablar éste, que, según fama, fué regalo de boda.... Alhaja es cuyo coste no bajará de diez mil duros.

Pues.... la viuda, ¿no es rica? decía yo lleno de confusiones. Anoche mismo, ¿no dió una cena en la que Lardhy echó la casa por la ventana?

—No bastaba aquella sorpresa á mis asombrados ojos. Junto á este collar, de reputación europea, había de encontrarme con las hebillas de Antonio Pérez.

Sí, de Antonio Pérez. Mi amigo el Conde del Siglo, que es, además de noble, anticuario, fué al baile de trajes dado hace no sé cuanto y no sé donde, vestido de Antonio Pérez, con esas hebillas en los zapatos; hebillas de incalculable valor, pues es innumerable el número de brillantes de que se componen; y el Conde sabe de buena tinta, por una porción de razones que él da, que pertenecieron al fastuoso Secretario del Segundo Felipe; son hebillas éstas que no pueden confundirse; son las del Conde, que ayer tarde mismo jugó dos mil duros al treinta y cuarenta....

Pero, ¿qué es esto, Santo Dios? ¿Dónde he visto yo esos platos, conocidísimos por ser obra de Pallisy, sin duda ninguna? Ya, ya me acuerdo....

¡Ah! Yo he tomado café en esas tazas venecianas.... ¿En qué cabeza rubia he visto yo esos soberbios encajes blancos? ¿Quién me ha mirado á mí por detrás de las varillas de ese abanico sin igual? No tengo duda, ese es el brazalete de ıa de Orovano; aquélla es la Virgen de la Soledad, de oro, del oratorio de Isidora.... ¡Oh, secretos terribles de la vida! Éste es el anillo nupcial de la desventurada Serafina, que me ha invitado á su gran almuerzo anual en conmemoración de su matrimonio!

¡Gracias á Dios! Aquí veo dos pendientes del precio que mi amigo el ausente ha fijado á su

obsequio conyugal. Puedo comprarlos sin amargura, porque no recuerdo haberlos visto en orejas *amigas*....

—Pues también tienen su historia, dice de nuevo el músico, que se *pirra* por hablarme de todo. Esos brillantes se los regaló á la viuda de Bobo hace años un capitán general con mando: ella se los vendió á una actríz, para abonarse al teatro Real; la actriz se los prestó á un buen mozo de profesión, que se los jugó contra cien duros, y fueron á poder de un bolsista; éste se los regaló á una bailarina del teatro Real, y al acabarse la temporada, vinieron á pasar aquí el verano.

Compré los brillantes, salí del Monte, y mientras iba á remitir á mi amigo el encargo, pensaba:

—¿Qué explicación me daréis, economistas y gobernantes, matemáticos y hombres de Estado, de estas nuevas y verdaderas *contradicciones económicas* de los tiempos presentes?

*
* *

Esto fué un sábado.

El domingo siguiente, *todo Madrid* estuvo en el concierto; después, *todo Madrid* estuvo en los toros; luego, *todo Madrid* estuvo en los teatros;

más tarde, *todo Madrid* acudió á los bailes públicos y privados.

Y *todo Madrid* estuvo alegre, elegante, ostentoso, deslumbrador, sin hacer caso de los que aseguraban y aseguran que los que tienen son diez y los que gastan treinta mil; porque *todo Madrid* es así; un pueblo piadoso, ¡hasta en el Monte!

PECUNIA OBEDIUNT OMNIA

I

Gran sensación produjo en la ciudad de***, capital de provincia, la noticia que una mañana dieron todos los periódicos de haberse escapado aquella madrugada varios presos de la cárcel.

Como era natural, el pueblo acogió la novedad con la curiosidad legítima.

¿Cuántos son? ¿Cómo se llaman? ¿Cómo ha sido...?

Los tenderos salían de sus covachuelas y pasaban á las inmediatas á preguntar detalles. Las cocineras tardaron aquel día más de lo acostumbrado en hacer la compra, porque en los mercados no se hablaba de otra cosa. Catorce presos se habían fugado, y los había entre ellos tales, que el vecindario no salió de su casa en ocho días, temerosos de que sueltas aquellas

fieras hicieran más estragos que un toro escapado. Las clases conservadoras sufrieron mucho aquella mañana.

Algún hombre de los que llamamos prácticos hacía la atinada observación de que, por lo mismo que los presos se habían escapado, tendrían buen cuidado de no darse á conocer; pero al ciudadano asustadizo se le ocurría en seguida la observación, no menos sensata, de que los criminales disfrazados volverían á las andadas.

Algún optimista decía:

—¿Pues no es obligación del Gobierno recobrar esos fugitivos y volverles á encarcelar?

A esto respondían otros que la verdadera obligación del Gobierno era tener en los presidios empleados que no durmieran, sobre todo en los días de fuga.

Un demócrata se encogía de hombros, diciendo que estas cosas no se pueden evitar, y que eso en los Estados Unidos sucede todos los días (que es gran consuelo).

Un conservador echaba la culpa al comandante del presidio, y decía que si en su lugar hubieran colocado á un primo que él tenía recomendado y que había estado cesante los ocho años de la revolución, nada de lo sucedido sucedería.

Por último, un cantonal impenitente recordaba á su sobrino, comandante que fué de otro presidio, y que al presentarse por vez primera á

los confinados, como se quitaran las gorras para saludarle, dijo:

—¡Cubrirse, señores; que todos somos iguales! (1)

La fuga, en fin, de los ladrones alarmó á la ciudad durante algunos días, dió ocasión de hablar á la prensa y á los particulares, y se olvidó.

II

Los ladrones andaluces, mejorando lo presente, han tenido siempre fama de generosos.

La tierra de José María y de Diego Corrientes es al mismo tiempo el país de la poesía.

Allí se exagera todo, en bien ó mal. Se poetiza el crimen revistiéndole de grandeza. Diego Corrientes es apellidado *el bandido generoso.* Solamente en España se adquiere fama, si no celebridad, lo mismo matando moros que asesinando pasajeros.

Preguntaba en cierta ocasión mi curiosidad á cierto librero madrileño, en cuya casa se venden comedias antiguas y modernas, cuál era la obra que á su juicio había tenido en España más compradores, á lo que me respondió sin

(1) Histórico.

vacilar que el popularísimo drama *Don Juan Tenorio*, del cual, añadió, ni un solo día he dejado de vender ejemplares desde que tengo comercio de libros.

Don Juan Tenorio es el bandido de capa y espada; su vida es el poema del salteador interesante.

III

Contrastes contínuos constituyen y equilibran la vida, de suyo azarosa y desagradable. ¿Por qué razón, al ocuparse toda la población de los criminales fugados y de sus vidas y milagros, y de sus crímenes atroces, no se acordaba de un criminal espantoso que andaba suelto, y á quien, lejos de anatematizar, saludaba con respeto, y aun le prodigaba elogios de cuando en cuando?

A los pocos días de la fuga de los presos, ya olvidada, decían los periódicos de la localidad, copiándolo de los de la corte:

«La laboriosidad y los relevantes méritos y servicios que todos reconocen en nuestro particular amigo y paisano Don Sisebuto Porruna han obtenido digna y merecida recompensa. El Gobierno (no recuerdo cual) ha premiado los constantes afanes del señor Porruna con la gran

cruz de*** y el título de Marqués de Casa Porruna.

»Los numerosísimos amigos del Marqués le obsequiarán esta noche con una serenata.»

IV

Efectivamente, aquella noche las bandas de música de todos los cuerpos de la guarnición tocaron *aires escogidos*, y la población en masa acudió á escucharlos y á ponderar las excelencias de su ídem, que obsequió á su vez á los músicos y á los numerosos amigos de que hablaba la prensa local con un espléndido refresco en sus magníficos salones.

Había en la plaza numerosa multitud oyendo la música; hablaban las muchachas con militares; las señoras mayores con sus convecinas; bailoteaban los niños; vociferaban los aguadores; decía el pueblo chistes oportunísimos con su natural gracejo, y como alguno sacase á conversación, no sé con qué motivo, la fuga de los presos y manifestara temor de que anduviera suelto alguno entre los concurrentes, dijo un gitano:

—¿Robos aquí? ¡Quiá! Mientras no baje er mesmo Porrunita no hay cuidiao!

V

El Marqués flamante había pasado veinte ó treinta años cometiendo todo género de excesos disimulados.

Su vida puede resumirse en una cuenta corriente con su *debe* y *haber*.

Por ejemplo:

Advenimiento del señor de Porruna á la vida pública con un brillante discurso en las Cortes de 1854, en defensa de la libertad, del pueblo, de la sociedad y de la familia.

Paliza á su señora por haber salido á la calle sin conocimiento del esposo; embargo de los trastos de tres inquilinos pobres de casas de su propiedad, y cena opípara en el saloncillo de la Zarzuela con varias señoritas del coro.

La señora de Porruna, al salir apaleada y calenturienta de su casa para ir á quejarse por milésima vez á su madre de los malos tratamientos de su esposo, cogió un catarro pulmonal y falleció á los nueve días.

Día 13 de Marzo de 185...

Gran sensación en Madrid, producida por el felíz éxito de las gestiones practicadas por el señor Porruna para indultar de la pena de muer-

te á un soldado que asesinó á traición á su capitán. Elogios desmedidos al señor de Porruna.

Día 2 de Octubre de 186...

Muerte en desafío de un caballero madrileño á cuya mujer intentó enamorar sin resultado el señor de Porruna, sabedor de lo cual el marido le intimó la retirada, de cuyas resultas se insultaron, muriendo, como sucede siempre, el que tenía más razón y peor puntería.

Día 5 de Mayo de 186...

Concesión de una carretera á los electores de Porruna. Comisión venida á Madrid á darle las gracias; comida en Lhardy, discursos y poesías.

Día ídem ídem.

Ingreso de diez y siete mil duros en el bolsillo de Porruna, ganados con trampas en un conocido círculo de recreo.

Día 9 de Agosto de 187...

Notable discurso de Porruna en una sociedad científica y literaria acerca de la educación del pueblo.

Idem por la noche.

Notabilísima borrachera de vino de Montilla.

Día cualquiera.

Amenazas secretas de Porruna al Gobierno, de sublevar todo un cuartel si peligraba en lo más mínimo la situación.

Día famoso.

Introducción fraudulenta de trescientos negros bozales en la isla de Cuba.

Día señalado.

Vuelve Porruna á su país natal después de haber conseguido la reforma de una ley en que se castigaban delitos contra la moral pública.

Noche triste.

Seducción de una costurera de diez y seis años.

EPÍLOGO

—¡Oh, deslenguado vil, enemigo de la humanidad y de la fe que debe alentar en todo corazón para sobrellevar los males de esta vida! ¿Qué te propusiste al pintar á Porruna como es? —me diréis ahora.

No me propuse nada; quise no más advertir á la gente del peligro que la amenaza constantemente cuando andan sueltos por el mundo los criminales de cierta estofa. Quise preguntarme á mí mismo por qué el vulgo se asusta cuando se escapan los foragidos y por qué se regocija cuando la charanga rompe los aires con alegres sonidos al pie de los balcones de un bandolero.

A PRIMERA HORA

Yo bien lo temía; la vida del hombre bueno no conduce á nada en Madrid. Si antes lo supuse, ahora lo sé de fijo.

Mi médico me lo recetaba; mis amigos me lo aconsejaban; mi conciencia, aunque con algunos años de retraso, me lo indicaba también. Eran tres opiniones que pueden resumire en estas palabras: ¡Esa vida de noche, esa costumbre de acostarse de día, ni es sana, ni es práctica, *ni es honrada!*

Todo quiere empezar, y yo empecé. Una mañana, con la ayuda de una *sonnerie* y de un criado *mal ídem,* me levanté á las seis y media, es decir, á las dos horas de haberme acostado.

¡Qué agradable novedad la de recibir los primeros rayos del sol, oir la campana que nos llama á la primera misa, ver en la casi desierta calle los puestos de leche y buñuelos, y las beatas que van á la iglesia!

Pero esto era para mí lo de menos. El encanto de ver á los comerciantes abrir sus tiendas, y venir el coche-correo con su carabinero detrás, y salir de sus casas á los chiquillos llevando á la espalda los libros atados con una correa, no era en verdad extraordinaria emoción.

Lo importante á mis planes era que iba por fin á hacer la vida activa, la vida del hombre de negocios, y la que hacen según vengo oyendo há mucho tiempo, todos los que tienen grandes misiones que cumplir en este desordenado mundo madrileño.

Y entonces recordé un sin fin de cosas que yo he dejado de hacer en el espacio de veinte años, por no seguir el sistema de vida de los hombres prácticos.

Esta es la hora—me dije al despertar— de emprender algunos negocios que desde muchacho tengo pensados. Por ejemplo, ahora, que son las ocho, estarán ya en sus respectivos despachos los banqueros, á quienes puedo proponer el negocio del ferrocarril aquel que yo me sé....

Y me dirigí á casa del Duque de***, rey de la banca y terror de la Bolsa, persona célebre por su actividad, á la cual dicen que debe toda su fortuna.

El criado, que estaba acabando de abrir la puerta de cristales del palacio, poniéndose á la vez su chaqueta de punto, me dijo que el señor

estaba durmiendo y que no se levantaría hasta las once y media.

¡Oh decepción! Yo creía que estos monstruos de actividad y de trabajo, que le reprenden á uno sus vigilias forzosas, predicaban con el ejemplo; pero veo que hacen alarde de su desvelo, fiados en que nadie ha de venir á averiguarlo.

Entonces me dirigí á ver á un hombre de Estado, que no hace aún dos meses me decía en uno de los grandes bailes del invierno:

—Desengáñese usted; mientras los españoles no imiten á los ingleses, no harán nada útil; todos los escritores, todos los hombres públicos de Inglaterra madrugan. Nada digamos de los franceses, cuya actividad es proverbial. Víctor Hugo trabaja desde las seis de la mañana hasta las doce; Thiers no se acostó nunca después de media noche. El sol es un gran tónico; usted no estará bueno mientras haga los versos de madrugada....

Este hombre, que ocupa una alta posición, fué uno de los que más contribuyeron á mi *conversión matinal*. Me propuse ir á darle las gracias por la buena obra, y á pedirle un distrito para un pariente mío que todavía cree en esas cosas. Llegué á su casa cuando estaban sonando las diez y media.

—El señor duerme aún,—me dijo el ayuda de cámara.—Se retiró muy tarde de casa de la se-

ñora Marquesa. Vuelva usted á la hora de almorzar, es decir, *á la una*....

No sé si el criado adivinaría en mi sonrisa todo el desdén que yo sentía hacia su amo en aquel momento. Bajé la escalera pensando en ir á ver un ensayo al primer teatro por donde pasara. Recordé que los directores de escena protestan siempre que yo pido que se pongan los ensayos de mis obras tarde.... Hoy—me dije—veré quienes son esos autores madrugadores....

Entré en el escenario. No había nadie. Subí al saloncillo.... Nadie. Me asomé á la portería.... ¡Nadie!

Llamé al conserje á voces, y apareció al cabo de un rato por entre las hojas de una puerta lejana.

—¿Á qué hora ensayan?—pregunté.

—Á las once y media están avisados los actores,—me contestó;—pero nunca vienen hasta las doce, y mientras empiezan....

—Sí, sí, las doce y media, comprendo; volveré luego.

Y me fuí, decidido á buscar gente en otra parte.

La providencia me sugirió una idea. Las oficinas públicas deben estar abiertas. Yo recuerdo con remordimiento que he entrado muchas veces en mi despacho á las dos ó las tres, promoviendo la cariñosa sonrisa de algún subordi-

nado.... ¡Oh, lo que es hoy voy á dar el ejemplo!

Llego, subo, pregunto por el auxiliar.... No ha venido. Llamo al escribiente.... No está. Voy á saludar al jefe.... No es hora todavía.... El reloj de la Puerta del Sol, en tanto, da las once y media, y por lo visto, esta es la madrugada oficial....

Convéncete, engañado amigo, me dije contemplándome ojeroso y amarillo en el espejo de un almacén de ellos que hay en la calle de la Montera; la decantada actividad de los madrileños consiste en levantarse á las once y media para almorzar á la una y comenzar la vida ordinaria á las dos; los que aconsejan al literato, al erudito, al poeta, al periodista, al hombre estudioso que no trasnochen ni dén el triste espectáculo de dormir de día, trasnochan lo mismo que ellos, con la diferencia de que se ocupan á deshora en cosas que no sirven para nada. El ministro estuvo en el baile; el banquero, en el casino; el señorito, en el *Veloz*, y los demás que blasonan de activos, sabe Dios dónde. Á las ocho de la mañana no verás por las calles más que al trabajador, esclavo de su pan cotidiano; al laborioso comerciante, que vive de su trabajo; á todos los que se ocupan de su propio interés, sin enseñar á los demás lo que deben hacer. Vives en un pueblo donde los días no tienen más que ocho horas, y ¿de qué te servi-

ría querer aprovechar las restantes en contacto con tus convecinos?

Anteayer no hallé mejor ocupación á primera hora que ver relevar las guardias.

Ayer, mientras las gentes se levantaban, oí un responso.

Hoy.... ¡ah! hoy ya ha sido otra cosa. La actividad humana me ha ofrecido un sabroso desayuno. No he hecho más que levantarme y he visto ahorcar al prójimo. Para presenciar este hermoso espectáculo han madrugado veinte mil personas.

Abril de 1880,

UNA EXISTENCIA PERDIDA

De intento he dejado pasar meses para referir un suceso cuya historia breve supongo que habrán ya archivado los tribunales.

Pero el deseo de fijar la atención de éstos y de los legisladores todos, me obliga á romper el silencio y recordar el caso por si la ley puede evitar lo que el lector observará más adelante.

Era una mañana de invierno, pero de esas que en el invierno de Madrid son tan frecuentes. Sol espléndido, cielo azul y temperatura primaveral. Madrid, en fin, en claro día.

Cerca de los Cuatro Caminos, y en un estercolero que hay á la izquierda, un transeunte vió brillar un lienzo blanco, cuyo color interrumpían algunas manchas de sangre.

No estaba muy lejos de aquel sitio la pareja de guardias. Cosa rara, en verdad, pero no por eso menos cierta.

Él transeunte les llamó á voces. A las voces salieron de las casas cercanas de Chamberí vecinos curiosos, porteras desocupadas, vagos de extramuros y chiquillos desarrapados.

Uno de los guardias se inclinó hacia el objeto que el transeunte señalaba. Abrió por un lado la blanca envoltura, y apareció á la vista del público una niña recién nacida comiéndose los puños.

¿A quién no interesa ver un sér abandonado en el primer albor de la vida?

¿Qué corazón habrá tan duro, que no se conmueva al ver una niña abandonada por una madre sin corazón?

Las mujeres allí presentes, que pasaban de treinta, prorrumpieron en exclamaciones de asombro y de conmiseración. Maldijo todo el mundo á la madre desnaturalizada. El cuadro era tan triste como conmovedor.

Uno de los guardias salió precipitadamente á avisar al Juzgado de guardia.

El otro...

¡Ah! El otro, visiblemente conmovido, tenía que cumplir allí una orden que no se quebranta nunca.

Mientras el Juzgado no llegase, era imposible tocar ni al pelo de la ropa de la abandonada

criatura. Hasta que la ley llega, el niño hallado es inaccesible.

El guardia oía con visible aflicción las mil frases que de los labios de treinta madres se escapaban.

Una ponderaba la hermosura de la niña.

Otra proponía vestirla.

Una tercera se había adelantado ya á estos deseos y llegaba, jadeante, con unos humildes pañales de sus propios hijos...

Disputábanse dos ó tres la adquisición de la niña abandonada; y una viuda sin hijos pedía por Dios que se la dejaran á ella...

Más de una hizo la horrible observación de que el blanco lienzo en que la criatura estaba envuelta era de fina holanda y bordado por las cuatro puntas.

Y así era en efecto. No había nacido, como dicen los novelistas, en humilde cuna. Aquella niña venía de alto, y al caer se había alegrado, porque su boca contraída, según creían las vecinas, sonreía sin cesar...

Pero pronto desmintió esta opinión el guardia, experto sin duda en tales aventuras.

—Nó, no es que se ríe, dijo; es que se está helando.

A estas palabras, el llanto de aquellas treinta mujeres corrió ya como río desbordado. Hasta los hombres allí presentes lloraban y se secaban

disimuladamente las lágrimas con el dorso de las callosas manos...

El guardia impedía el paso á la concurrencia, que quería avanzar hasta el estercolero.

—No puedo, decía; me está terminantemente prohibido... Mientras el Juzgado no venga...

—Pues maldito sea el Juzgado y su casta, —exclamaba una hermosa lechera que había abandonado el puesto por venir á ver lo que ocurría. ¿No es un contra-Dios dejar á esta criaturita sin darle una *tetada?*

—Aquí viene la Dolores, que está criando, gritaba una vendedora de periódico.

—¡Pues claro que le daré de mamar al angelito si el señor quiere!—contestaba la aludida, que llevaba un niño pendiente de un pecho estallando leche.

—¡Ay, hijo, qué alma más negra ha de tener usted!—gritaba otra mujer mirando al guardia de arriba abajo.

Y el guardia, dirigiendo la vista por encima de las cabezas hacia Madrid con impacientes ojos, apartaba á un tiempo á todas las mujeres con ambas manos, exclamando lleno de pena:

—¡No puedo, señoras, no puedo!

El tiempo pasaba con lentitud desesperadora. El Juzgado no venía. La niña se iba poniendo morada, y ya apenas mordía sus diminutas manos.

—Suponiendo que la hayan dejado aquí esta

madrugada,—decía un estudiante de Medicina á las mujeres,—lleva asi ocho horas; con la helada que ha caído esta noche y la falta de alimentación... no resiste este angelito ni media hora más... ¿qué digo, media hora? Mírenla ustedes; ¡si está ya muerta!

Oyóse un clamoreo general. Sonaron esas mil palabras de desesperación con que el pueblo afligido expresa sus penas. El guardia se inclinó sobre las puntas de los pies para mirar otra vez á Madrid... ¡Nada! Sólo venía un coche particular, por cuya ventanilla asomó la cabeza, al pasar por allí, un señorito pálido y con cara de haber pasado mala noche. Tal vez algún pariente cercano de la muertecita.

¡Cuadro terrible aquél, hermosa expresión del sentimiento generoso de la multitud hacia las desdichas del débil! La niña estaba ya rígida, violáceo el cuerpo, sin color la angélica faz, las manitas, como por un secreto resorte movidas, vueltas hacia el cielo, que en aquel momento no empañaba ni la más tenue nube. Las piadosas mujeres, calladas ya, llorando ésta, rezando aquélla, olvidadas del tiránico cumplidor de la ley... Ya no resonaban en el corro más que palabras sueltas, dichas en baja voz, como para no interrumpir aquél celeste sueño..... ¡Angel de Dios!—¡Hija de mi vida!—¡Pobrecita mía! — ¡Parece que duerme! ¡Ay, Virgen Santísima, qué pena tan grande!

Por fin, á las dos horas se presentó el Juzgado.

No era culpa suya la tardanza. Antes había tenido que ir á recoger un cadáver al pie del viaducto; después á empezar las diligencias en una casa donde se había cometido un robo.

El coche donde venía el juez rompió el círculo de la afligida gente. El representante de la ley bajó, reconoció el diminuto cadáver, dió orden de recogerlo, y entonces el aguacil envolvió á la niña en el bordado paño que fué á la vez mantilla y mortaja; hizo con las cuatro puntas un nudo, y cogiéndolo por él en peso como pudiera hacerlo con media docena de naranjas, echó á andar detrás del juez, y juntos se metieron en el coche, que partió con rapidez, dejando detrás una nube de polvo, mientras las mujeres y los hombres se diseminaban silenciosos por los alrededores.

Todo el mundo había cumplido con su deber; pero la niña iba muerta.

FIN DE «MALAS COSTUMBRES»

INDICE



